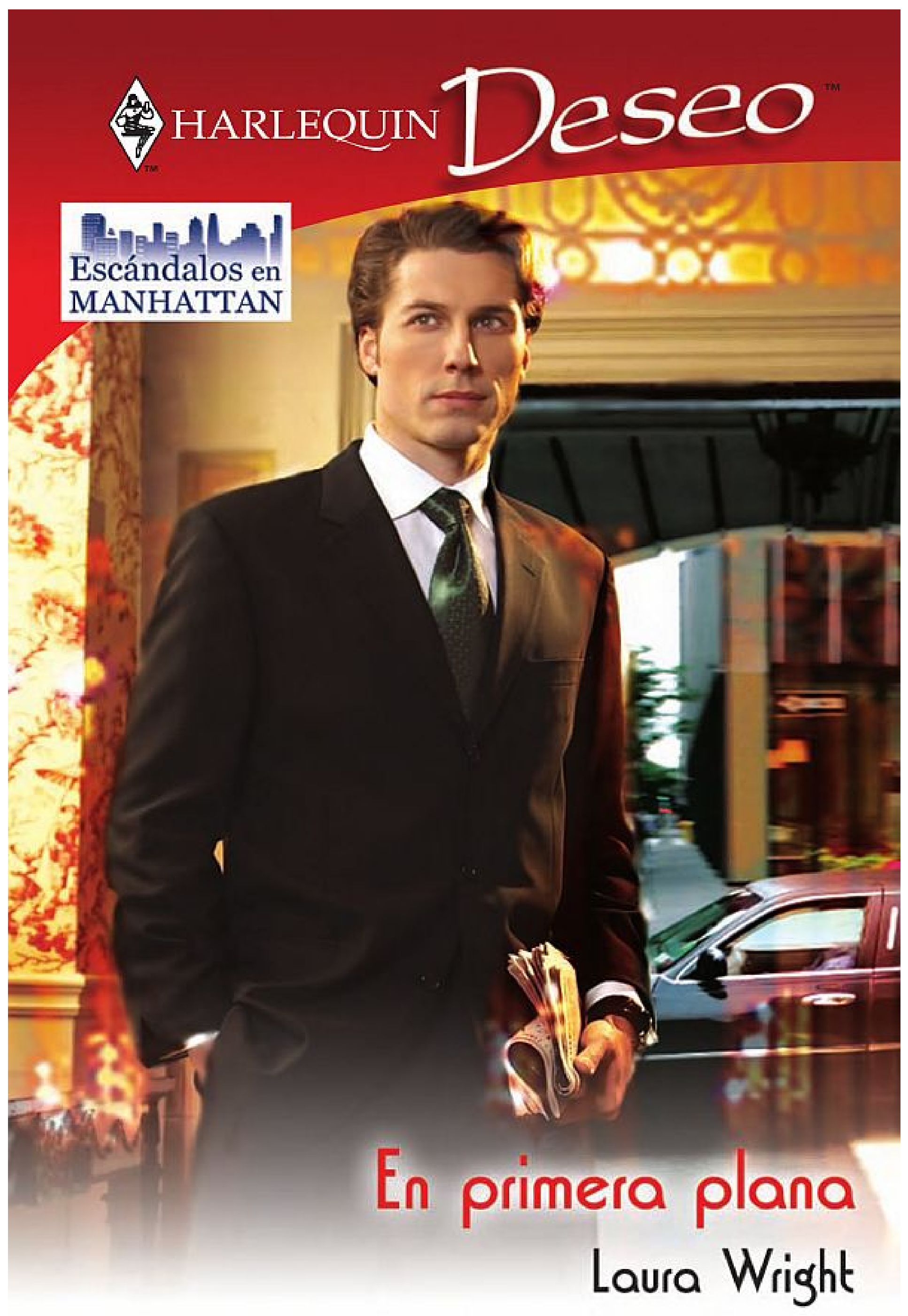

HARLEQUIN
Deseo
Escándalos en MANHATTAN
En primera plana
Laura Wright

¿Estaría dispuesta a casarse por dinero?

El magnate de los medios de comunicación Trent Tanford tenía una semana para encontrar esposa… o perder su imperio, pero ninguna de sus aventuras de Manhattan cumplía los severos requisitos que había impuesto su padre.

Entonces Trent se fijó en la joven de la puerta de al lado. Con gafas y camisetas amplias, Carrie Gray parecía una chica inocente, ¿pero qué pensaría sobre los deberes maritales, vitales para un hombre tan viril como él? Trent tenía dinero y encanto suficientes para convencerla, pero jamás habían intercambiado una sola palabra. ¿Cómo iba a pedirle que se casara con él?



Laura Wright

En primera plana

Miniserie Deseo - 44

(Escándalos en Manhattan - 2)

ePub r1.0

LDS 21.12.16

Título original: *From page engagement*
Laura Wright, 2008
Traducción: Catalina Freire Hernández
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 293 / Silhouette Desire (SD) - 1885
Protagonistas: Trent Tanford y Carrie Gray
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Envía un millón de dólares a una cuenta secreta de las islas Caimán o tus pasadas indiscreciones serán de dominio público.

Trent Tanford, en su despacho decorado en acero y cristal, se inclinó hacia delante para tirar la nota a la papelera. No estaba furioso, ni siquiera preocupado, sólo quería seguir trabajando.

Las amenazas no eran algo nuevo para él; las recibía por correo electrónico, por correo ordinario o de cualquier otra forma. Las había recibido de su padre, de empleados despedidos recientemente y, por lo tanto, cabreados con la empresa familiar de medios de comunicación AMS o de mujeres, antiguas amantes que se negaban a aceptar el fin de su relación.

Las amenazas eran un fastidio, pero poco más.

El magnate de treinta y un años sabía quién era y lo que quería, en los negocios y en la vida, y ninguna influencia del exterior iba a cambiar eso.

Trent siguió firmando un montón de papeles mientras, al otro lado del ventanal, el sol empezaba a asomar en el horizonte, llevando con él un nuevo día de agosto y un edificio lleno de actividad.

—Buenos días, señor Tanford.

Trent saludó con la cabeza a una de sus jóvenes ayudantes, una bonita pelirroja que acababa de graduarse en la universidad de Nueva York, antes de mirar el reloj de su ordenador portátil.

—Las seis y media. Muy bien.

—Le traigo la agenda del día —sonrió la joven antes de salir del

despacho.

Era guapa, pero él nunca mantenía relaciones con sus empleadas que en este caso, además, era muy joven. Aunque le gustaban mucho las pelirrojas. De hecho, esa misma noche tenía una cita con una pelirroja igualmente guapa, pero no tan inteligente. Y a él le daba lo mismo.

Trent sonrió al recordar la noche anterior. Su amiga había estado veinte minutos insistiendo en que Rudolf Giuliani no era un político, sino un famoso jugador de baloncesto.

Ah, sí, le encantaban las mujeres. Le encantaba cómo reían, como se movían, cómo olían… Todas tan diferentes y tan similares. Y la pelirroja no era ninguna excepción. Como las demás mujeres, creía que iba a ser ella quien lo cambiase, quien lo llevase al altar, quien lo hiciera tan increíblemente feliz que olvidaría la estricta norma que había seguido durante los últimos diez años: un máximo de cuatro semanas antes de romper la relación.

¿Por qué no lo entendían? ¿Por qué no podían comprender que él no iba a cambiar nunca? Trent había aprendido de la manera más dura posible que en cuatro semanas una mujer podía convertirse en algo más que una distracción y pasar por eso otra vez era inaceptable en aquel momento de su vida.

Pero Trent no era totalmente insensible en cuanto a sus relaciones con las mujeres. Siempre era completamente sincero sobre las cuatro semanas y sobre lo que no debían esperar de él.

No tenía nada personal contra ninguna de las chicas con las que salía y tampoco tenía nada que ver con su belleza o su personalidad. Era un simple hecho, una norma que él tenía… y quizá, si le obligaban a admitirlo, una manera de tenerlo todo, al menos todo lo que a él le gustaba, sin sufrir dolores de cabeza.

Unos dolores de cabeza que lo distraerían inevitablemente de su único deseo: convertirse en presidente de AMS cuando su padre se retirase.

Desgraciadamente, James Tanford tenía una visión completamente diferente a la de su hijo sobre las relaciones sentimentales. Según él, tener esposa e hijos estabilizaba a un hombre, lo hacía más fuerte. Tener una familia, en opinión de su padre, facilitaba el ascenso a un puesto de poder y aseguraba el respeto de colegas y rivales. Desde su punto de vista, el de un

hombre de los años cincuenta, una esposa se encargaba de los detalles y dejaba que su marido lidiase con los problemas más importantes.

Y estaba tan convencido de eso que, después de varios intentos fracasados de convencerlo para que sentara la cabeza, había optado por enviarle informes y notas sobre el tema. Trent tenía la última en la mano. Había sido colocada, sin duda por uno de los fieles subordinados de James Tanford, bajo el monitor de uno de sus ordenadores, y era una advertencia de que podría no retirarse como presidente de AMS hasta que Trent estuviera felizmente casado.

O tristemente casado, en su opinión.

Sí, las amenazas llegaban a su despacho en diversos tamaños, formatos y medios.

Todo en un día de trabajo.

Trent tiró la nota de su padre a la papelera, viéndola caer junto con la absurda misiva en la que alguien le pedía que enviara un millón de dólares a una cuenta secreta si no quería que se revelasen ciertos secretos de su pasado.

Algo que tenía tantas posibilidades de suceder como que Trent Tanford, renombrado soltero, buscase una esposa.

* * *

Era la hora del almuerzo un domingo en la Gran Manzana, un evento sagrado para los neoyorquinos que trabajaban sesenta y cuatro horas a la semana y necesitaban relajarse un poco antes de empezar el lunes otra vez.

Normalmente, Carrie Gray lo celebraba reuniéndose con sus amigas Amanda y Julia para tomar huevos revueltos, bollos, crema de queso y, si consideraban que era apropiado, un poco de alcohol. Por desgracia, esa mañana estaba demasiado cansada como para ponerse a cocinar. Apenas había tenido tiempo de sujetar su largo pelo castaño en una coleta. Y nada de lentillas. Aquel día iría con gafas.

Después de trabajar hasta las tantas en el diseño de un logo original con el que esperaba conseguir un puesto como diseñadora gráfica, otra de las estúpidas chicas de «la tropa de Trent» la había

despertado de madrugada.

Trent era Trent Tanford, el vecino alto y moreno de ojos azules y hoyito en la mejilla que vivía en el apartamento de al lado; un hombre que recibía constantes visitas femeninas ya fuera de día o de noche. Ésa era «su tropa». El nombre había sido inventado por sus amigas Amanda Crawford y Julia Prentice, con las que solía criticar al irritante vecino.

El problema era que algunas de las amiguitas de Trent aún no habían aprendido a leer y confundían el apartamento de Carrie, el 12B, que cuidaba para el príncipe y empresario europeo Sebastian Stone, con el 12C, el apartamento de Trent en el 721 de Park Avenue, la zona más lujosa de Manhattan. Y la noche anterior, alrededor de la una, otra de sus amazonas de talla cero, esa vez de pelo rojo y labios hinchados artificialmente, había llamado a su puerta.

—Siento mucho no poder ofreceros nada más —se disculpó ante sus dos amigas, sentadas frente a la mesa de cristal y hierro forjado en el elegantísimo apartamento de Sebastian Stone.

Los ojos grises de Amanda brillaron, divertidos, mientras cruzaba las piernas.

—No te preocupes, café y donuts es un clásico.

—Y esos que Heran azúcar por encima son los favoritos de mi niño. —Julia, que estaba embarazada de cuatro meses, ocupaba el apartamento 9B hasta que se fue a vivir con su novio, Max Roland, el mes anterior. Y ahora su antigua compañera de piso, Amanda, tenía el piso para ella solita.

Julia y Amanda no podían ser más diferentes a ella. Las dos eran niñas ricas, las dos licenciadas en la elegantísima y super pija universidad de Vassar, las dos siempre impecablemente vestidas.

Y luego estaba ella: ojos verdes, melena oscura, grandes pechos, buenas caderas y un vestido teñido estilo *hippy* que había dejado de estar de moda diez años antes. Era mona, pero nada que ver con sus guapísimas amigas. Y eso no le molestaba en absoluto. Carrie no tenía inseguridades de ese tipo; ella era quien era.

Julia y Amanda no podían estar más de acuerdo. A la primera, que no había trabajado nunca, y a la segunda, que se dedicaba a organizar eventos, no podía importarles menos que su amiga no fuese una belleza o que no tuviera dinero ni un apellido conocido.

Sólo querían su amistad.

—Además de una quiche de verduras y una ensalada de rúcula y queso de cabra, quería hacer bollitos de canela —suspiró Carrie—. Pero el tiempo que necesita la masa y mi tiempo hoy no coinciden, desgraciadamente.

—No pasa nada. —Amanda, sin una gota de maquillaje y tan guapa como una modelo, le dio una palmadita en la mano—. ¿Te acostaste tarde anoche? ¿No me digas que tuviste una cita?

—¿Una cita? No, qué va —rió Carrie, como si ésa fuera la pregunta más tonta del mundo.

Pero luego lo pensó un momento. ¿Por qué iba a ser una pregunta tonta? ¿Y cuándo fue la última vez que tuvo una cita? ¿Había sido en este siglo o en el siglo anterior? Ah, sí, claro, un año antes de que a su madre le diagnosticaran…

—A ver si lo adivino —la voz de Julia interrumpió sus pensamientos—. ¿Otra visita a horas intempestivas?

—Pero si ha dicho que no tuvo una cita… —murmuró Amanda, mordiendo otro donut.

—No me refería a un hombre, me refería a algún miembro de la tropa de Trent.

—Ay, por favor. ¿Otra de las chicas de Trent volvió a despertarte de madrugada?

—Sí —suspiró Carrie, dejándose caer sobre la preciosa silla de roble Glastonbury.

—¿La rubia otra vez?

—No, pelirroja.

Amanda se encogió de hombros.

—El tipo es versátil, desde luego.

Pero Julia no pensaba dejar el tema. Podía ser pequeña en estatura, pero tenía el temperamento de una tigresa.

—Carrie, esto es intolerable. Tienes que hablar con él.

—Lo sé, lo sé.

Y lo sabía, pero…

—O, al menos, deja una nota en su puerta —sugirió Amanda, sirviéndose otra taza de café, con el flequillo rubio cayendo sobre su cara.

Julia sacudió la cabeza.

—Habías jurado que si volvían a despertarte…

—Que sí, ya lo sé —suspiró Carrie, avergonzada por su falta de valor—. Nunca había tenido miedo de enfrentarme a nadie, pero ese hombre… Trent Tanford es demasiado guapo. Esos hoyitos en un rostro tan serio… Es como un chico del instituto para el que me pintaba y me ponía colonia de Rochas todos los días con la esperanza de que se fijase en mí.

Julia levantó una ceja.

—¿El chico que te gustaba? ¿Trent se parece al chico que te gustaba en el instituto, Car?

—Sí, bueno, quiero decir que es así de guapo y de carismático…

—¿Quieres que Trent se fije en ti?

—No —contestó Carrie, dejando escapar un largo suspiro—. Sólo quiero contarle lo que pasa.

—Pues lo único que tienes que hacer es llamar a su puerta.

—Sí, Julia, ya lo sé.

En su propio mundo, como casi siempre, Amanda tomó un sorbo de café.

—Además, entonces no usabas colonia de Rochas, cariño, era pachulí.

Carrie y Julia soltaron una carcajada al unísono.

—Sí, seguramente fuera verdad —dijo Carrie luego—. Por cierto, ese chico sólo se fijó en mí para decirme que me había salido un grano.

—No te preocupes, cariño —intentó animarla Julia—, seguro que ahora se dedica a servir hamburguesas.

—No, he oído que juega al fútbol con los Colts de Indianapolis.

—Bueno, pero seguro que todas las animadoras pasan de él.

—Lo dudo —suspiró Carrie—. Los hombres como él y como Trent Tanford no saben lo que es una negativa —dijo luego, encogiéndose de hombros—. No lo entiendo. ¿Por qué todas las mujeres pierden la cabeza por ese tipo de hombre? Un arrogante que sólo busca sexo…

—Que sea alto, guapo y con dinero ayuda mucho —opinó Julia.

Amanda asintió.

—Es el trío de cualidades que buscan algunas mujeres.

Carrie levantó los ojos al cielo.

—Hablo en serio, chicas.

—Y nosotras también —rió Julia—. Para algunas personas el

aspecto físico y el dinero es lo único que cuenta.

Sí, tenían razón, pensó Carrie. Ella conocía la realidad de la vida, pero le costaba trabajo aceptar que la gente no quisiera algo más. Tener dinero y resultar atractivo para los demás era interesante, claro, pero no duraba para siempre. Y no era lo fundamental. Lo importante era tener a alguien que te diera un masaje en los pies después de un largo día de trabajo, alguien que se alegrase de que hubieras conseguido un encargo profesional o que te ayudase a sobrellevar el dolor cuando estabas descubriendo en qué consistía la enfermedad de Alzheimer.

Carrie apartó de su mente ese último pensamiento. No, no iba a contarles penas a sus amigas. En lugar de eso, se levantó para ir a la cocina a hacer más café.

* * *

Una hora después, las tres estaban en la puerta haciendo una lista de cosas que necesitaban para la semana siguiente y fijando un día para comer juntas. Estaban a punto de marcharse cuando Julia tropezó con algo en el suelo.

—Ah, toma, el *New York Post*.

—No es mío, yo leo el *Times* —Carrie miró el nombre del destinatario que aparecía en la etiqueta.

—El señor Tanford, supongo —rió Julia divertida.

—Increíble —suspiró ella—. No sólo tengo que indicarles a sus amiguitas cuál es su apartamento, también tengo que llevarle el periódico. Bueno, pues ya está bien.

—Creo que se ha enfadado de verdad, Jules —sonrió Amanda.

—¡Por fin! ¡A por él, leona!

—Grrrr —rió Carrie mientras sus amigas se dirigían al ascensor.

Capítulo 2

Trent acababa de atarse las zapatillas de deporte y estaba comprobando la música que había cargado en su iPod el día anterior cuando sonó el timbre.

—¡Voy! —gritó, guardando el aparato en el bolsillo del chándal.

Al otro lado de la puerta había una chica bajita con un vestido ancho del mismo color verde hierba de sus ojos que, por cierto, estaban medio ocultos tras los cristales de unas gafas. Tenía el largo pelo castaño sujeto en una sencilla coleta y, los generosos labios… muy apretados. Era mona, con buenas curvas, y la había visto antes en el edificio.

—Hola.

—Hola —respondió ella, muy seria.

—Nos conocemos, ¿verdad? —Trent inclinó a un lado la cabeza, como si ese gesto pudiese ayudarlo a ponerle nombre—. ¿De qué nos conocemos?

La joven, poniendo los ojos en blanco un momento, le entregó con un gesto brusco el *New York Post*.

—Tome, esto es suyo.

—¿Mío?

—Sí.

No hablaba mucho, pero había algo en ella… quizá cómo movía los labios. Podría mirarla haciendo eso durante un buen rato. Era un movimiento extremadamente sensual.

—¿Es la encargada de repartir los periódicos?

—No.

—Ah, me alegro, porque son las dos de la tarde y, si fuera la encargada de repartir los periódicos, tendría que despedirla.

—Ah, qué agradable.

—Yo no soy agradable.

—¿No me diga?

—¿Vive en el edificio?

Esa pregunta le hizo sonreír. Pero no con una sonrisa de felicidad, sino más bien irónica.

—Al final del pasillo.

—Ah, sí, claro —sonrió Trent—. ¿Y por qué le ha llegado a usted mi periódico? —preguntó con curiosidad.

—Por costumbre, supongo —esos generosos labios rosados permanecieron abiertos, como si fuera a decir algo más.

Pero no dijo nada.

—¿Por costumbre?

—El periódico no es lo único que pasa por mi casa de camino a la suya, señor Tanford.

Señor Tanford. Eso no estaba bien. Ninguna mujer, salvo las que trabajaban para él, lo llamaba señor Tanford. Trent intentó imaginar por qué aquella chica estaría enfadada con él… y tardó un momento, pero lo descubrió. Ah, sí, sus amigas llamando al apartamento equivocado a altas horas de la noche.

Sonriendo, se apoyó en el quicio de la puerta y cruzó los brazos.

—El 12B, ¿verdad?

—En carne y hueso.

Esas palabras despertaron un cosquilleo en su interior. Bueno, al fin y al cabo, era un hombre.

—Entonces, supongo que Sebastian Stone y usted son…

—Cuido su casa mientras él está en Europa —le aclaró ella, con gesto de fastidio.

Ah, las mujeres con fuego, ésas a las que él no gustaba nada. Las mujeres que no se dejaban afectar por él eran tan pocas, tan raras…

Aquella chica no era su tipo, no tenía nada que ver con las mujeres con las que solía salir pero, definitivamente, tenía que volver a verla.

—Gracias por el periódico —le dijo—. Y disculpe por las frecuentes intrusiones a deshoras. La verdad, pensaba pasarme por su casa para pedirle disculpas.

—Sí, seguro.

—Es que he estado muy ocupado —se excusó.

—Todos estamos muy ocupados, señor Tanford.

—Sí, por supuesto. De nuevo, le pido disculpas. A partir de ahora le aseguro que mis invitadas siempre llamarán a mi puerta y no a la suya. Pero si no es así, por favor no dude en volver a pasar por aquí para darme otra patada en…

—Le hace gracia, ¿no?

—No.

—Sí, claro que le hace gracia.

—Le aseguro que no creo que despertar a alguien de madrugada sea gracioso —dijo Trent entonces, completamente serio.

Ella levantó la barbilla.

—Me alegro.

—A menos que sea por una razón muy buena, claro.

Por la expresión que puso, aquella chica parecía a punto de darle un puñetazo en el estómago.

—Espero que se encargue de solucionar ese problema inmediatamente, esta misma noche.

—Esta noche no tengo una cita —afirmó él.

La joven dejó escapar un suspiro.

—A lo mejor podría darle a sus amigas un plano del edificio —sugirió, sarcástica—. O quizá no. La verdad es que no parecen entender bien las indicaciones.

Le gustaba aquella chica. Le gustaba mucho. Tal vez debería ampliar el espectro de mujeres con las que salía.

—¿Ah, no?

—En una ocasión tuve que acompañar a una de ellas hasta su puerta.

Trent no pudo evitar una sonrisa.

—¿Qué puedo decir? Las chicas listas no salen con tipos como yo.

—Sí, seguro —murmuró ella de manera casi inaudible.

—¿Perdone? —La había oído perfectamente, pero cualquier excusa era buena para seguir mirando esos labios.

—Nada, tengo que irme —después de hacer un gesto con la mano que casi parecía un saludo militar, la joven se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—Gracias otra vez.

Ella miró hacia atrás.

—Le diría «cuando quiera», pero estaría mintiendo.

Trent rió.

—Oiga, espere un momento.

—¿Qué?

—Si nos encontramos en el pasillo o en el ascensor…

—¿Sí?

—¿Puedo llamarla 12B?

Esa vez fue ella la que sonrió, una sonrisa juguetona.

—Si espera que le conteste, no.

—¿Cómo se llama entonces?

—Carrie Gray.

—Me parece que eres una chica muy lista, Carrie Gray.

—Me temo que sí.

Trent la observó volver a su apartamento, con su redondo y firme trasero moviéndose de lado a lado. Medio niña, medio mujer, pensó. Era guapa, *sexy* a su manera, pero desde luego no tenía nada que ver con las mujeres con las que él solía salir.

No había mentido al decir que a las chicas listas no les gustaban los hombres como él. No era porque a él no le gustasen las mujeres inteligentes, pero en aquel momento su trabajo era todo el reto que necesitaba tener en su vida.

Por el momento, no quería complicaciones.

Después de cerrar la puerta se dejó caer en el sofá y abrió el periódico, olvidando que había pensado salir a correr un rato antes de que Miss Vecinita de al lado apareciese.

Trent pasó las páginas: primero las noticias, luego los deportes…

«Malditos Yankees y sus lesiones. Así pierden credibilidad».

Asqueado y cabreado con su equipo favorito de béisbol, Trent pasó la página… y se quedó boquiabierto.

—Será posib…

En la sección de Sociedad había una fotografía de él con Marie Endicott, una chica con la que había salido en un par de ocasiones… y que, desafortunadamente, se había tirado desde la terraza del edificio un mes antes.

Leyó el encabezamiento de la noticia, que decía así:

¿Joven suicida tonteando con el playboy de AMS antes de su muerte?

Trent tiró el periódico y tomó su Blackberry. Como esperaba, su *e-mail* estaba lleno de peticiones de entrevistas y declaraciones.

—Maldita sea.

Diez minutos después sonaba el teléfono. Era la policía, solicitando un tipo de declaración muy diferente:

—Señor Trent, nos gustaría que pasara por comisaría hoy mismo para contestar a unas preguntas.

Capítulo 3

Desde los catorce a los diecisiete años, Trent Tanford se había rodeado de un grupo de gente de moral más que cuestionable. Tal vez por haber vivido con dos padres ausentes, tal vez por la olla a presión que era el colegio o tal vez por haber tenido una sola niñera que lo quiso realmente, la verdad era que cuando llegó a la pubertad se encontró luchando contra una atracción magnética por el peligro.

Cuando se metía en su cuarto con la excusa de que tenía que estudiar, lo que hacía en realidad era meter varias almohadas bajo las sábanas y escaparse sigilosamente por la ventana. Salía con una pandilla de chicos de mala reputación que pasaban la noche bebiendo, pateando buzones y robando coches.

Por supuesto, no tardó mucho en encontrarse ente los fríos y poco amistosos muros de una comisaría.

Y huelga decir que tener que ir a sacar a su hijo de allí no era un momento de orgullo paternal para James Tanford. Antes de que Trent descubriera que tener una relación normal con su padre iba a ser imposible, esos viajes de la comisaría a casa eran la única forma de verlo… aunque tuviera que soportar un sermón y alguna bofetada ocasional.

Pero todo eso había quedado en el pasado. Ahora era un adulto y su único objetivo era ganar dinero, de modo que, cuando entró en la comisaría el domingo por la tarde, no tenía ningún miedo y nada que esconder. Aunque, por si acaso, había llevado a su abogado.

Trent era una persona segura de sí misma, pero no era tonto.

—Gracias por venir, señor Tanford.

—De nada.

Sí, era un auténtico incordio tener que acudir a la comisaría para hacer una declaración un domingo por la tarde, pero Trent tenía buenos recuerdos de Marie Endicott. Aunque no había habido química entre ellos. Marie era una persona decente y lamentaba mucho lo que le había pasado. Y si podía ayudar en algo, lo haría sin la menor duda.

En una habitación iluminada por fluorescentes, con una pared desconchada que un día estuvo pintada de amarillo, Trent y su abogado, Evan Wallace, se sentaron frente a un policía de unos cuarenta años y aspecto cansado.

Los ojos verdes del detective Arnold McGray se clavaron en él con curiosidad y con lo que, Trent reconoció, prematura incredulidad sobre su declaración.

El detective tomó un ejemplar del *New York Post* y empezó a hacerle preguntas rápidamente:

—¿Ha publicado usted mismo esta fotografía?

—No.

—¿Salía usted con Marie Endicott?

—Nos vimos alguna vez, sí.

—¿Podría ser más específico?

Trent lo pensó un momento.

—Salimos exactamente dos veces.

—¿Y por qué dejaron de salir? —quiso saber el detective.

—Ya le digo que no estábamos saliendo juntos. Nos vimos dos veces, nada más.

—¿Por qué? ¿Marie decidió no volver a verlo?

—Lo decidimos los dos. Supongo que no nos gustábamos lo suficiente como para mantener una relación.

—No es fácil soportar un rechazo. Supongo que eso le molestaría.

Wallace decidió intervenir:

—Eso es ridículo. El señor Tanford salió dos veces con esa mujer. No tenían una relación.

—No pasa nada, Wallace.

McGray seguía mirando fija y seriamente a Trent.

—Está usted acostumbrado a conseguir siempre a las mujeres

que quiere, señor Tanford.

—¿Eso es una pegunta o una afirmación?

—Los hombres como usted no se toman bien un rechazo.

Trent intentó explicarle el asunto:

—No teníamos nada en común y ninguno de los dos se enfadó.

—¿Cómo lo sabe?

—Hablamos de ello durante la segunda cita, nos reímos de ello, en realidad. Marie me dijo que prefería salir con un hombre normal, no con alguien que trabajaba doce horas al día.

El detective siguió con las preguntas, todas en la misma línea: cómo definiría los sentimientos de él por Marie y los de Marie por él, adónde habían ido durante esas dos citas y un largo etcétera. Wallace siguió interrumpiendo el interrogatorio y el detective seguía presionando.

Y, por fin, como no conseguía las respuestas que quería, le hizo una que pilló a Trent absolutamente desprevenido:

—¿Ha recibido algún tipo de amenazas últimamente? ¿Llamadas, notas, correos ofensivos?

—Sí.

Wallace, que estaba mirando su Blackberry, levantó la mirada.

—¿Qué? Yo nunca he sido informado de que…

—He recibido una carta —afirmó Trent, interrumpiéndolo.

El detective McGray levantó una ceja.

—¿Y qué decía esa carta?

—Que debía enviar un millón de dólares a una cuenta secreta en las islas Caimán o expondrían al público un secreto de mi pasado.

—¿Y qué secreto podría ser?

Wallace le advirtió con la mirada que guardase silencio, pero Trent no tenía nada que ocultar.

—No lo sé, por eso tiré la nota a la papelera. Pensé que era una broma de mal gusto.

—¿Y qué piensa ahora?

—Que alguien quería que estuviera aquí, hablando sobre la muerte de Marie.

El detective les pidió disculpas antes de salir de la habitación y Trent miró la puerta con cara de pocos amigos. ¿Por qué tenía tanta importancia la maldita nota?

Mientras esperaba que volviera, sonó su móvil.

—Nos has puesto en una posición muy difícil, Trent.

Su padre. Trent giró la cabeza para mirar a Wallace, que se limitó a levantar una ceja. Evidentemente, tenía que contratar los servicios de otro abogado; Wallace era el director jurídico de AMS y su lealtad hacia James Tanford era lo primero para él.

—Hola, James. —Trent llamaba a su padre por su nombre de pila desde los quince años. En realidad, jamás lo había llamado «papá».

—Pensé que tus días de comisaría habían terminado.

—No estoy encerrado en la comisaría, únicamente he venido para contestar a unas preguntas.

—Sobre esa mujer con la que salías —afirmó su padre secamente.

—La mujer con la que salí dos veces —suspiró él, sin disimular su irritación.

—Una mujer que murió el mes pasado en circunstancias extrañas. Y ahora hay fotografías de los dos en todos los periódicos.

Trent se negaba a explicar lo que era una simple coincidencia.

—¿Qué es lo que quieres, James?

—Quiero saber cómo puedes ser tan poco sensato.

—Salí con una chica que, lamentablemente, se suicidó. No creo que eso tenga que ver con mi sensatez.

Pero los hechos no cambiaban nada para James Tanford.

—Quiero que terminen las especulaciones y los cotilleos de inmediato.

—Yo también —murmuró Trent, con los dientes apretados—. ¿Alguna cosa más?

Marie y él sólo habían salido juntos dos veces, pero su muerte lo había afectado mucho y que su padre ensuciara algo que había sido simplemente una amistad lo disgustaba hasta el extremo.

—No voy a intentar razonar contigo —suspiró James Tanford—. Hablar contigo nunca sirve de nada.

—En eso tienes razón.

—Has de tomar una decisión y tienes veinticuatro horas para hacerlo.

¿No volvía el maldito detective? No tenía tiempo para aquello.

—Los ultimátums y las amenazas no me interesan.

—Tal vez ésta sí. Estoy hablando de AMS.

Trent tuvo que sonreír amargamente. De modo que volvía con eso otra vez. Malditas amenazas. Prácticamente nadaba en ellas últimamente.

Pero las palabras de su padre llegaron muy despacio, como miel cargada de arsénico:

—Hay algo que podría salvaguardar el buen nombre y la reputación de nuestra familia.

—¿Qué, despedirme?

—No, una boda.

—No creo que esto se convierta en un escándalo.

—Una boda por todo lo alto.

—¿Otra vez con eso? —dijo con hastío. Como si casarse pudiera limpiar su reputación de chico malo.

—AMS es mi empresa —le recordó James—. Es toda mi vida. Los patrocinadores podrían retirarse y no pienso dejar que se me escape ninguno por tu culpa. Si estás tan entregado a la empresa como dices, harás lo que tengas que hacer para evitar un escándalo. —Trent no dijo nada—. Puedes mostrarte tan despreocupado como quieras, pero ésta es una oferta que sólo voy a hacer una vez. Incluso estoy dispuesto a poner por escrito que tú me sucederás como presidente de AMS, pero debes casarte este fin de semana.

—Seré el presidente de la empresa porque soy muy bueno en mi trabajo —replicó Trent, con los dientes apretados—. Nadie puede quitarme el puesto y tú lo sabes.

—Ahora mismo me da igual lo bueno que seas. Maldita sea… ¿es que no te importa el buen nombre de la familia?

—No creo que te gustase mi respuesta.

James hizo una pausa.

—Anuncia tu compromiso mañana por la noche a más tardar y yo anunciaré a los ejecutivos y a los medios que eres el nuevo presidente de AMS. Si no lo haces, entenderé que renuncias a tu cargo.

Una súbita ira hizo que Trent lo viera todo rojo.

—Voy a colgar…

—Aún no; una cosa más —lo interrumpió su padre—. La mujer que elijas no puede ser el tipo de chica con la que sueles salir. Los traseros permanentemente morenos y los implantes están muy bien para jugar, pero estoy hablando de una esposa para siempre, una

Tanford. No tiene que ser una chica de buena familia, eso me da igual, pero debe tener cerebro y clase. Así que elige bien, Trent.

—Adiós, James.

—¿Quieres que hable con Wallace?

—Creo que él ya ha hablado contigo.

El detective McGray volvió a la habitación mientras Trent cerraba el móvil.

—Tiene usted antecedentes por delincuencia juvenil.

—¿Eso es una afirmación o una pregunta?

—Los antecedentes del señor Tanford han prescrito y no tiene usted derecho… —empezó a decir Wallace.

Trent lo detuvo con un gesto.

—¿Qué quiere saber, McGray?

El hombre lo miró, sin parpadear.

—¿Era usted un chico malo en su juventud, señor Tanford?

—No mucho. Pero hacía lo que podía.

Esa respuesta le granjeó una sonrisa del detective, que de nuevo se quedó mirándolo en silencio durante unos segundos, como intentando decidir si debía continuar con el interrogatorio o no.

Luego bajó la mirada y se echó hacia atrás en la silla.

—No es usted el único que ha recibido esa nota.

—¿Ah, no? ¿Quién más la ha recibido?

—Otra persona de su edificio.

—¿No va a decirme quién?

—Eso no es importante. Lo importante es que me cuente todo lo que recuerde sobre el contenido de esa nota.

* * *

Eran casi las cinco de la tarde cuando Carrie, en la esquina de la calle 77 y Second Avenue, intentaba parar un taxi. No le sobraba el dinero, pero agosto era un mes muy caluroso en Nueva York y no podía soportar ir en metro. Además, quería llegar a casa de su madre lo antes posible para no tener que pagarle horas extras a su cuidadora.

Cuando por fin un taxi se detuvo a su lado, Carrie le dio la dirección de su madre en el barrio de TriBeCa. Había intentado mil

veces convencerla para que se fuera a vivir con ella al apartamento de Sebastian Stone, pero Rachel se negaba.

El apartamento de renta antigua en TriBeCa donde vivía su madre era el amor de su vida, quizá porque había sido su primera casa cuando se mudaron desde Albany casi veinte años antes. Rachel se angustiaría mucho si la sacara de allí y Carrie había decidido no obligarla a hacer nada que pudiese agravar su estado.

La solución era que estuviera lo más cómoda posible mientras luchaba contra los efectos de esa terrible enfermedad.

Carrie entró en el apartamento con su llave. Como siempre, lo primero que vio fueron las paredes llenas de cuadros pintados por su madre, que apenas dejaban un espacio libre. El arte era la razón por la que se habían ido a vivir a Nueva York… bueno, una de las razones.

Durante más de quince años, Rachel Gray había disfrutado de una carrera como artista pero, como todos los artistas, cuando dejó de producir, dejó de generar fondos. Aún seguía recibiendo algún cheque por los cuadros que vendía su agente y, por fortuna, había ahorrado algo de dinero. Pero en Manhattan eso no era suficiente.

Carrie saludó a Wanda, que estaba en la cocina preparando la cena, antes de entrar en la habitación de su madre. Era una habitación que apenas había cambiado en veinte años: lucía lámparas antiguas, un armario que se había llevado con ella de Albany, fotografías y objetos de todo tipo, una estantería repleta de libros, varios cuadros abstractos en las paredes, algunos pintados por ella, otros regalos de algún amigo también artista. En medio de la habitación había una cama con cabecero de hierro, un insólito edredón rojo y montones de cojines de colores.

Carrie se sentó sobre la cama. Bajo el edredón, con el pelo sujeto en un moño, estaba su madre, con aspecto cansado. Siempre había sido delgada, pero ahora tenía un aspecto tan demacrado…

Después de tantos años volviendo del colegio para oír a los Depeche Mode a todo volumen y ver a su madre con una brocha en la mano, siempre necesitaba un momento para acostumbrarse a la terrible realidad.

Rachel la miró y sus ojos pardos brillaron.

—Te pareces a mi hija.

—Soy tu hija.

—¿Cómo te llamas?

—Carrie.

Rachel sonrió.

—Ah, como la niña de *La casa de la pradera.*

—Exactamente. Por eso me llamaste así —afirmó Carrie.

—Qué bonito.

—A mí también me parece bonito.

Rachel se incorporó un poco.

—Tengo sed.

—Voy a buscar algo de beber. Vuelvo enseguida.

Carrie salió de la habitación echando de menos el aroma a hierbas y menta que siempre había parecido emanar de la piel blanca de su madre. En fin, echaba de menos muchas cosas. La primera vez que le había dicho: «te pareces a mi hija», tuvo que escapar al baño para vomitar. Porque ésa era una frase que una hija nunca debería escuchar de labios de su madre.

Afortunadamente, no siempre era igual. Algunos días eran geniales. Algunos días, su madre sabía quién era. Y ésos eran los mejores, un tesoro para ella.

Carrie volvió unos minutos después con un vaso de té helado.

—Aquí está.

Pero Rachel miraba la taza como si fuera una bomba de relojería.

—No quiero eso.

—Es un té helado, con limón… es lo que más te gusta.

—¿Ah, sí?

—Te gusta mucho.

—Entonces, de acuerdo —suspiró Rachel, quien después de tomarse el té empezó a masticar los cubitos de hielo—. ¿Quién eres?

Carrie apretó su mano.

—Soy Carrie, mamá, tu hija.

—Ah, bien. ¿Me lees algo?

Sí, algunos días eran peores que otros.

Carrie tomó el libro que había en la mesilla y empezó a leer. Leyó mientras su madre cenaba y luego, mientras se quedaba dormida. Pero cuando se marchó unas horas después, no recordaba una sola palabra de lo que había leído.

Capítulo 4

Eran casi las nueve cuando Trent entró en el ascensor, con los hombros de la chaqueta mojados de la lluvia. Había salido de la comisaría unas horas antes, pero en lugar de ir directamente a casa decidió cenar fuera.

Cuando las puertas del ascensor estaban a punto de cerrarse, alguien metió un paraguas entre ellas haciendo que titubearan y volvieran a abrirse.

Trent sonrió al ver a la propietaria.

—Hola, 12B.

La bonita morena levantó la cabeza y, al ver quién era, no se molestó en sonreír.

—Hola.

Mientras se cerraban las puertas, Trent se fijó en su triste expresión y su pelo empapado.

—¿Te ha pillado la tormenta?

—Evidentemente.

—¿Estás bien?

Trent la observó mientras intentaba secarse el pelo con un pañuelo de papel. No era una belleza, pero sus generosos labios, sus voluptuosas curvas y su actitud sobria tenían algo, no sabía qué, que lo hacía desear tomarla entre sus brazos y besarla hasta que olvidase lo que fuera que la tenía tan cabreada.

Tal vez un buen beso también lo haría a él olvidar aquella infausta tarde.

—Perdona —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Lo de 12B. Sólo era una broma.

Carrie sacudió la cabeza.

—No pasa nada. Es que hoy me molesta particularmente que la gente olvide mi nombre.

—¿Algún problema en el trabajo?

—No, personal.

—¿Un hombre?

Ella esbozó una sonrisa.

—No, sólo personal.

Personal, ¿eh? Pero no era un hombre. ¿Por qué le interesaba eso?

—No quería aumentar tus problemas. Sólo estaba intentando inyectar un poco de humor a un día funesto.

—¿Tú también has tenido un mal día?

—Sí.

Enclaustrada en el ascensor, Carrie se sentía como un trapo mojado. Y pensar que seguramente lo parecía de verdad hizo que deseara alejarse de aquel hombre cuanto antes. Intentaba no mirarlo, pero no resultaba fácil. A Trent también lo había pillado la tormenta y tenía el pelo y la cara mojados, pero estaba guapísimo, incluso mejor que cuando pasó por su casa para darle el periódico. ¿Cómo era posible que ella pareciese una andrajosa y él un modelo?

Tuvo que contener el deseo de preguntarle por su funesto día para comparar historias tristes. Después de todo, no se conocían y no quería cargar a nadie con sus problemas. Además, los de Trent seguramente tendrían que ver con una rubia que le había dado plantón porque tenía una cita con Karl Lagerfeld o algo así.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron por fin, Carrie le hizo un gesto con la cabeza y se dirigió a su apartamento, con él detrás. Muy cerca, demasiado cerca.

—¿Qué tal si tomamos una copa?

Carrie no se dio la vuelta, pero sintió un pequeño escalofrío.

—No, gracias.

—Pues yo creo que te vendría bien algo fuerte.

Sí, desde luego. Pero lo que necesitaba no era alcohol. Estaba en su fase solitaria, una fase por la que pasaba varias veces al año, cuando su vida no iba como ella había planeado. Aquella noche

sacaría el helado de la nevera y, mientras lo devoraba, intentaría olvidar que no tenía trabajo, que su madre nunca iba a ponerse mejor y que tendría que acostumbrarse a estar sola permanentemente. Después pasaría a las patatas fritas o los gusanitos y al recuerdo del peso de un hombre sobre ella mucho mucho tiempo atrás; las manos masculinas acariciando su piel, sus labios, su cuello, su ombligo…

—Buenas noches.

—Espera un momento.

Carrie se volvió, el tirador de la puerta clavándose en su espalda.

—¿Qué?

—No lo sé. —Trent se quedó allí parado, con su metro ochenta y cinco y sus ojazos azules—. A lo mejor podríamos hablar o algo.

—No me apetece hablar.

—Podríamos salir. ¿Qué te apetece hacer?

—Nada.

—Venga…

Carrie suspiró.

—Mira, no quiero ser antipática, pero ya tengo la noche planeada: una ducha caliente, un cartón entero de helado y, si no me pongo enferma, una bolsa de gusanitos de los que te dejan los dedos de color naranja.

Trent sonrió, mostrando esos fabulosos hoyitos en las mejillas.

—Vaya.

—Sí, vaya. Además, estoy cansada, empapada y…

—¿Y qué?

—Y nada —suspiró ella, volviéndose para abrir la puerta—. Adiós, Trent.

Pero no pudo entrar porque él la tomó del brazo. Carrie se quedó parada, escuchando los latidos de su corazón. Si no le gustase tanto…

No pudo terminar el pensamiento porque Trent tiró de ella, aplastando sus pechos contra el sólido muro de su torso. Carrie contuvo el aliento mientras lo veía inclinar la cabeza, mientras sentía el roce de su barba…

No se movió cuando Trent apartó el pelo mojado de su cara y la besó entre el cuello y el hombro. Un besito suave, aparentemente

inofensivo. Pero cuando su boca conectó con ese sitio en concreto, el dique que había estado conteniendo la pasión de Carrie durante tanto tiempo se rompió.

Le temblaban las piernas y el punto ardiente y húmedo que había entre ellas. Trent la besaba y ella se derretía sin remedio entre sus brazos.

Ninguno de los dos llevaba la iniciativa en el beso. Cada uno tenía su propio estilo y cada uno cedía ante el deseo del otro. Trent mordisqueaba su labio inferior antes de explorar su boca con la lengua y Carrie se apartaba de tanto en tanto para hacerlo sufrir…

Entonces sintió la mano masculina acariciando su estómago desnudo y puso una mano sobre la suya, pero no para detenerlo, sino para llevarla a su corazón, que latía salvajemente.

—¿Quieres entrar? —le preguntó, sin pensar.

—Sí —contestó Trent—. Pero no puedo —dijo un segundo después.

Eso la dejó inmóvil, con el corazón en la garganta.

—¿Qué?

—Tengo que irme. Ahora mismo.

Carrie se llamó tonta un millón de veces. ¿Qué había esperado de aquel hombre?

—Entonces, márchate —le dijo.

No era una histérica, pero cerró de un portazo y después se apoyó en la puerta, con los ojos cerrados.

Muy bien.

Había actuado como una tonta.

Pero no iba a llorar por ello.

No pensaba regañarse a sí misma por lo que había pasado. Había besado a un hombre guapísimo, ¿y qué? Ocurría todo el tiempo. Bueno, quizá a ella no, pero eso daba igual. Le había gustado y, ahora que sabía lo que se estaba perdiendo, tal vez podría abrirse un poco más, salir con alguien.

¡Trent Tanford… olvidado por completo!

Pero entonces sonó un golpecito en la puerta y se le encogió el estómago.

Dejando escapar el aire que había estado conteniendo, abrió la puerta y se preparó para mostrarse, al menos, civilizada.

—Por favor, no me digas que quieres más —le dijo, sarcástica.

Trent apoyó un hombro en la pared, sus ojos azules oscurecidos.

—Soy un idiota.

Por un segundo, Carrie pensó darle con la puerta en las narices, pero era una neoyorquina. Discutir y mostrarse sarcástica para disimular una atracción era lo suyo.

—Añade un «maldito» a ese adjetivo y creo que lo has pillado.

Él rió, sacudiendo la cabeza.

—Es que hoy he tenido un día horrible, de verdad.

—Sí, yo sé mucho de eso.

—Te pido disculpas, en serio.

La rabia de Carrie disminuyó un poco. ¿Qué iba a hacer, echarle un sermón?

—Muy bien, acepto las disculpas.

—¿Puedo compensarte de alguna forma?

—Gracias, pero tengo todo lo que me hace falta.

—¿Helado y gusanitos?

Ella dejó escapar un suspiro.

—La verdad es que suena un poco patético, ¿no?

—Insisto en compensarte de alguna forma.

—No, no tienes que compensarme por nada, de verdad.

Trent se apartó de la puerta. Era demasiado guapo, demasiado alto, demasiado musculoso. En realidad, era un sueño de hombre.

—Imagino que habrás oído suficientes cosas sobre mí como para saber que yo no hago nada porque tenga que hacerlo.

—Sí, seguramente será verdad, pero…

Trent tomó su mano entonces y, de nuevo, le temblaron las rodillas.

—Me gustas —le dijo—. Lo suficiente como para evitar que las cosas llegasen demasiado lejos en medio del pasillo. Hay algo en ti que me excita… Carrie Gray. Y no me refiero sólo al sexo. Quiero volver a verte.

Ella sintió un cosquilleo en el vientre.

—¿Qué tenías pensado?

—Sal conmigo.

—¿Cuándo?

—El viernes por la noche.

—¿Una cita?

—A las siete y media —dijo Trent. Y no era una pregunta.

Carrie intentó recuperar el sentido común.

—Siento decirlo, pero no soy tu tipo.

Él sacudió la cabeza, sonriendo.

—A lo mejor sí. A lo mejor ya es hora de que «lista y guapa» sea mi tipo.

Ah, muy bien. El sentido común se podía ir a tomar viento.

—De acuerdo —dijo Carrie—. ¿Dónde quedamos?

—¿Qué tal la iglesia de Lexington?

—¿Una iglesia? —repitió ella, sorprendida.

Trent suspiró, mirándola con extraña mansedumbre.

—Hay algo que tengo que decirte.

«Ay, no. ¿Por qué?», pensó ella, temiéndose lo peor.

—Eres sacerdote.

—No —sonrió Trent.

—Ya me lo imaginaba.

—En realidad, tengo que preguntarte una cosa.

De repente, Carrie sintió como si tuviera un montón de insectos bajo la camiseta; una sensación que solía indicar que era buen momento para salir corriendo.

—¿Carrie 12B Gray?

—¿Sí?

—Esto va a sonar absolutamente absurdo.

—No es la mejor manera de empezar una pregunta…

Trent clavó una rodilla en el suelo.

—Sé que acabamos de conocernos.

—Te advierto que la cosa no va mucho mejor.

—Pero creo que eres tú —siguió Trent.

¿Ella era qué? La musiquilla de *La dimensión desconocida* empezó a sonar en su cabeza.

—¿Quieres casarte conmigo, Carrie?

Capítulo 5

«Se había quedado estupefacta» no podría explicar cómo se sentía Carrie.

Y «estaba Hipando» tampoco.

¿Masivamente cabreada…?

Era como estar en el instituto otra vez, cuando Mister Popular, el guapísimo Stuart Kaplan, había llevado a una emocionada Carrie al partido de fútbol, donde procedió a besarla con demasiada lengua y a pasearla delante de sus amigos. Pero no porque le gustase de verdad. Sólo quería reírse de ella y lo hizo sacándose un chicle de la boca y frotándoselo en el pelo.

Nunca olvidaría ese momento. Nunca se había sentido más tonta, más estafada.

—Mira, han pasado muchos años desde el instituto y no me gustan las tonterías.

—¿Qué? —exclamó Trent, levantándose.

—Vete a tu casa.

—Sé que suena absurdo…

—Adiós —lo interrumpió Carrie. Intentó cerrar la puerta, pero él se lo impidió.

—Espera un momento.

—No.

—Estoy haciendo el idiota otra vez, perdona. Sólo intentaba frivolizar con la situación en la que me encuentro ahora mismo. De verdad me gustas. Si dejas que te lo explique…

—No vuelvas a molestarme. —Carrie lo interrumpió de nuevo,

lanzando sobre él una mirada asesina.

Y luego le dio con la puerta en las narices.

Esa vez no se apoyó en ella tristemente. Entró directamente en la cocina y abrió el congelador, donde la esperaba su helado.

Le encantaba Nueva York pero, de verdad, había mucho loco por ahí suelto. Y pensar que se había sentido atraída por él, que por un momento creyó haber encontrado a alguien con quien compartir un mal día…

Hasta que Trent Tanford le mostró su cara más cruel.

* * *

—Los rumores vuelan por aquí como las moscas en Riverdale, donde mi hermana da clases de equitación.

Trent levantó la mirada. Danny, el chico de los bocadillos, estaba en la puerta de su despacho, con una sonrisa en su redonda cara llena de pecas. Siempre había tratado con esa familiaridad al vicepresidente de AMS y Trent se lo permitía, aunque nunca se lo permitiría a nadie más. El chico le hacía gracia. Era como un hermano pequeño… el hermano que le habría gustado tener.

Nadie en la oficina lo sabía, pero Trent le estaba pagando la carrera. Era un chico muy listo y algún día sería un abogado estupendo.

—No tengo tiempo para cotilleos, Dan, ya lo sabes.

Danny cerró la puerta y se acercó al escritorio.

—¿Aunque se traten de ti?

—Especialmente si se tratan de mí.

—Muy bien, pero si te casas me invitarás a la boda, ¿no?

Trent arrugó el ceño.

—¿No tienes que ir a clase?

—No empieza hasta las dos.

—¿No tienes que llevarle bocadillos a nadie?

Danny sonrió.

—Bueno, ¿quién es la afortunada, una modelo o una actriz?

—Deberías llegar a clase antes que los demás. Así les demostrarías a tus profesores que estás comprometido con tu carrera.

—Demostraría que soy un pringado. Pero hablando de compromisos… no puedo creer que vayas a casarte.

—Que lo pases bien, Dan.

El chico señaló los papeles sobre su escritorio.

—¿Qué haces, escribiendo tus votos?

Trent le lanzó una mirada que hizo a Danny recular hasta la puerta, levantando las manos en señal de rendición.

—Bueno, bueno, ya me voy.

Cuando desapareció, Trent se arrellanó en el sillón para repasar la información que le había dado el detective privado: Carrie Claudette Gray, aspirante a artista gráfica que actualmente cuidaba y residía en el apartamento de un príncipe en ausencia de éste, estudió en un colegio público y había sido una buena estudiante. Consiguió trabajo en una galería de arte a los catorce años y era instructora de inglés como segundo idioma. Su madre era pintora… y del padre no se sabía nada. Después del instituto se había graduado en la Escuela de Artes Visuales de Manhattan y en el informe no se hablaba de novios ni de matrimonios.

Interesante, pensó.

Era una buena chica, eso seguro, pero lo mejor de todo era que necesitaba ayuda económica. Tenía un préstamo universitario por pagar, un trabajo temporal cuidando de la casa de Sebastian Stone y aún no había hecho nada como diseñadora gráfica.

Trent giró el sillón hacia la ventana y se quedó mirando el cielo de Nueva York. ¿Podría hacerlo? ¿Podría ser un hombre casado? Había estado a punto una vez, cuando era un idiota, entre los dieciocho y los veinte años.

Había conocido a una chica en la universidad a la que creyó el amor de su vida. Era una joven de la alta sociedad, guapísima, cinco años mayor que él, que quería casarse y tener hijos inmediatamente. Trent, un crío enamorado entonces, le había dicho que sí sin pensarlo dos veces. Pero una semana antes de la boda ella lo llamó para decir que se había casado con otro hombre y estaba en ese preciso momento de luna de miel.

No se molestó en pedirle perdón por dejarlo tirado, sencillamente le dijo que el hombre con el que acababa de casarse le había ofrecido «algo mejor».

Trent había estado destrozado durante todo un año. Pero luego

entendió algo: quizá el matrimonio fuera un simple acuerdo, una decisión tomada con la cabeza cuando llegase el momento.

¿Estaba preparado para hacerlo ahora?, se preguntó, girando de nuevo el sillón. ¿Podía llegar a un acuerdo temporal con alguien para tranquilizar a su padre y hacerse con el control de AMS?

Sí. A cambio de ser presidente de AMS, podría soportar un año de privación de libertad. Especialmente si su carcelera besaba así de bien.

De modo que levantó el teléfono, pulsó un botón y, cuando su padre contestó, le dijo:

—Trato hecho.

Ahora sólo quedaba convencer a la señorita.

* * *

El Park Café estaba en la esquina de la 71 y Park Avenue, pegado al edificio donde *vivía* Trent. El espacioso local era muy popular, especialmente durante los dos momentos del día con menor actividad cerebral: a primera hora de la mañana y entre las cuatro y las cinco.

Trent entró a las cuatro y diez y enseguida vio a Carrie sentada con Elizabeth Wellington. Elizabeth vivía en el ático con su marido. Reed, con quien Trent había jugado al baloncesto alguna vez. No los conocía bien, pero parecían una pareja feliz.

Sin embargo, mientras se acercaba a la mesa se dio cuenta de que la pelirroja estaba llorando y, sin poder evitarlo, escuchó parte de la conversación:

—Se lo he dicho cien veces, pero ya sabes que Reed no es la clase de hombre que…

Elizabeth se percató de su presencia en ese momento y, después de decirle algo a Carrie al oído, tomó su bolso y se levantó. No lo miró a la cara mientras salía del café.

—Trent Tanford haciendo correr a todas las mujeres de Manhattan —rió Carrie.

—Pero si yo no he hecho nada…

—¿Has venido a tomar un café o sólo a cotillear?

Trent se dejó caer sobre la silla que Elizabeth había dejado

vacante.

—He venido a disculparme.

—Ya se me había olvidado.

—No lo parece.

—¿No?

—No.

—Muy bien, acepto tus disculpas a regañadientes… otra vez.

Él esbozó una sonrisa. Le gustaba aquella chica. Nunca había conocido a nadie que le hiciera sonreír continuamente.

—Mira, en cuanto a la proposición de matrimonio…

—Muy bien, he dicho que ya lo había olvidado. En serio, déjalo.

—La cuestión es que no quiero que lo olvides —dijo Trent entonces—. Sólo cómo lo hice. Tengo un problema para el que necesito tu ayuda.

—¿Ah, sí?

—Estoy a punto de conseguir el puesto para el que me he dejado las cejas trabajando, pero para conseguirlo necesito… —Trent levantó una ceja— casarme.

Carrie lo miró en silencio durante unos segundos y después se levantó.

—Me voy.

—No, espera. —Trent se levantó tras ella.

—Tú necesitas un psicólogo.

—Es posible, pero no para esto.

Carrie salió del café sin decir una palabra más y entró en el edificio.

—¿Adónde vas? Necesito hablar contigo.

Trent entró tras ella en el ascensor y Carrie le clavó el índice en el pecho.

—Mira, entiendo que tú eres de los que necesitan impresionar a las mujeres y estoy segura de que hay muchas en Nueva York que se quedarían impresionadas, pero yo no soy una de ellas.

Trent, que estaba desesperado y no tenía mucho tiempo, decidió hacer algo dramático. De modo que pulsó el botón de parada.

—¿Qué haces?

—Hablas mucho.

—Y tú también.

—No era un insulto. En realidad, me gusta ver cómo se mueven

tus labios, pero ahora mismo necesito que me escuches.

—Y lo que yo necesito es que te apartes y me dejes pulsar el botón o me pongo a gritar…

—Conozco tu situación.

—¿Qué?

—Tu situación económica.

Carrie se quedó inmóvil.

—¿Cómo has dicho?

—Mira, he tenido que hacerlo…

—¿Me has investigado?

Trent se encogió de hombros.

—Era necesario. Si vas a convertirte en una Tanford, tenía que saber algo de tu pasado.

Carrie levantó las manos al cielo.

—¡No voy a convertirme en una Tanford! De hecho, la idea de darle un puñetazo a un Tanford es mucho más interesante que casarme con uno.

—Mira, creo que tú y yo podríamos llevarnos bien. Necesito a alguien que me ayude a…

—Tú estás loco. —Carrie pulsó el botón y el ascensor volvió a moverse.

—Cásate conmigo, Carrie. Sólo durante un año. A cambio, pagaré todas tus deudas y te daré medio millón de dólares —las puertas se abrieron—. Estoy seguro de que podrías hacer muchas cosas con ese dinero.

—Adiós, señor Tanford.

—Podrías comprarte un apartamento.

Ella siguió adelante, sin hacerle ni caso.

—¡Podrías ayudar a alguien! —gritó Trent.

Carrie se detuvo en el rellano. No se movió durante casi un minuto, pero luego sacudió la cabeza y siguió caminando hasta desaparecer en el interior de su apartamento.

Capítulo 6

Rachel Gray había sido una madre maravillosa. Trabajaba día y noche para sacarla adelante cuando ella era pequeña, pero Carrie nunca se había sentido abandonada u olvidada, al contrario. Rachel siempre había encontrado la manera de involucrarla en su trabajo, poniendo un caballete pequeño al lado del suyo mientras pintaba o dejando que se volviera loca con una de las paredes del salón. Y, cuando no estaba trabajando, la vida era de lo más interesante y divertida… aunque diferente.

Rachel solía despertarla en medio de la noche con una sonrisa pícara en los labios y varios rollos de papel higiénico metidos bajo el pijama de franela.

—Vamos a subir a la terraza para pintar los árboles de blanco. ¡Así parecerá Navidad!

Carrie cerró la puerta de la nevera y sonrió al recordar esa noche. Se sentía orgullosa de tener una madre así y sabía que Rachel también estaba orgullosa de ella.

¿Pero estaría orgullosa de una hija que se vendiera por dinero?

Suspirando, se sirvió un vaso de zumo. Las cosas habían cambiado mucho. Los días en los que Rachel era una pintora conocida, libre para vivir la vida como quería, en control de sus pensamientos y sus recuerdos, habían terminado. Ahora necesitaba que pagaran sus facturas, que alguien la atendiese durante todo el día… y ella no ganaba dinero suficiente.

Después de tomar el zumo fue a su habitación para quitarse el traje de chaqueta. Tenía que mantenerlo en perfectas condiciones

para su próxima entrevista porque la que había tenido aquella mañana no había ido nada bien. No tenía suficiente experiencia. Había oído esa misma frase cinco veces en el último mes.

El problema era que buscaba un trabajo bien pagado, pero no tenía la experiencia requerida, de modo que buscaba un milagro: alguien que, dejando a un lado su falta de experiencia, viera en ella un talento innato y le diese una oportunidad. Porque trabajando como ayudante de diseño gráfico no ganaría suficiente para cuidar de su madre.

Suspirando de nuevo, se dejó caer sobre la cama para quitarse los zapatos. Pero no iba a pensar en la absurda propuesta de Trent.

¿Cómo podía alguien sugerir un matrimonio de conveniencia en el siglo XXI?

No por el sexo, sino de cara a los demás.

Bueno, pensó entonces, arrugando el ceño, estaba suponiendo que no habría sexo. Pero no debería suponer nada, porque se trataba de Trent Tanford.

Sintió un escalofrío al imaginarse a Trent inclinándose sobre ella, desnudo y dispuesta a complacerla. Trent Tanford quitándole los zapatos, las medias…

Carrie se inclinó hacia delante, metió la cabeza entre las piernas e intentó respirar.

Sus préstamos universitarios serían cosa del pasado. Podría aceptar un puesto de ayudante en una empresa de diseño gráfico y tomarse su tiempo aprendiendo, sin preocuparse de cómo iba a mantener a su madre.

El teléfono sonó en ese momento y Carrie se levantó de un salto, esperando que fuese Trent para preguntarle si había considerado su propuesta.

Pero no era él.

—Hola, Tessa —suspiró, saludando a la ayudante personal del príncipe Sebastian Stone—. ¿Cómo va todo?

—Bien, bien. —Tessa hizo una pausa y Carrie imaginó a la bonita rubia en su despacho, que estaría, como siempre, perfectamente ordenado—. Tengo que darte una noticia: el príncipe Sebastian volverá pronto a Nueva York.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, nada importante. —Tessa Banks no era dada a cotillear,

pero Carrie notó un timbre de duda en su voz. Claro que podría equivocarse—. En fin, hay un pequeño problema en la compañía.

—¿Sebastian está bien?

—Sí, bueno, ya conoces al príncipe. No le gusta que las cosas no vayan como él quiere.

—Sí, lo sé.

El príncipe Sebastian Stone era un buen hombre, pero también era un jefe exigente que mostraba su lado más oscuro de cuando en cuando.

—Te llamaré unos días antes de su llegada —siguió Tessa—, y para entonces tendrás reservada una habitación en el hotel Mercer, como siempre.

Aunque Carrie agradecía que Sebastian se ocupase de su alojamiento mientras él estaba en Nueva York, vivir en un hotel siempre era muy solitario y, como tantas otras veces, se preguntó si debería quedarse en casa de su madre. Pero allí no había habitación para ella y no quería robarle espacio a Wanda, su cuidadora, que estaba en la casa casi todo el día.

—¿Sabes cuánto tiempo estará en la ciudad esta vez?

—No, lo siento, no lo sé.

—No pasa nada. Gracias, Tessa.

Después de colgar se quedó sentada en la cama un momento. Y luego, sin pensarlo más, tomó lápiz y papel de la mesilla y, con calma, escribió una nota.

No se sentía capaz de decírselo cara a cara. Si lo hiciera, seguramente se echaría atrás.

Y su corazón palpitaba como loco mientras se inclinaba para meter con cuidado la nota por debajo de la puerta del apartamento de Trent.

* * *

Exactamente a las siete de la mañana del día siguiente, Trent entró en el Park Café y miró alrededor. La vio enseguida, en una mesa cerca del lavabo, mordiéndose los labios. Estaba nerviosa y se preguntó por qué. ¿Qué tenía que decirle? Después de todo, en la nota no había una respuesta definitiva; sólo le pedía que se reuniera

con ella en el café.

Trent se abrió paso entre las mesas. No le había sorprendido demasiado volver a saber de ella, pero no tenía claro qué iba a decirle. ¿Estaría dispuesta a aceptar su oferta?

Mientras se acercaba sintió algo, no algo sexual, sino algo que no le resultaba nada familiar… algo parecido a una sensación posesiva, como un primate golpeándose el pecho.

Carrie era suya.

La fiereza de esa reacción lo dejó sorprendido, pero se decía a sí mismo que era por la necesidad de conseguir el puesto de presidente de AMS, no por un desesperado deseo de tenerla.

—¿Tengo tiempo de pedir un café expreso o ésta va a ser una conversación corta? —preguntó.

Carrie respiró profundamente antes de decir:

—He decidido aceptar el trato.

—¿El trato? —Trent sabía perfectamente a qué se refería, claro.

—Casarme contigo durante un año.

—Ah, bien.

—Bien.

Trent se volvió para hacerle una seña al camarero, que lo conocía bien y le serviría un expreso exactamente como a él le gustaba.

Debía parecer tranquilo mientras se sentaba frente a Carrie, pero por dentro estaba explotando de satisfacción al saber que iba a conseguir lo que quería. Era suya. Era suya durante un año. Y él era el nuevo presidente de AMS.

La observó tomando el café que, sin duda, ya estaba frío. Aunque no llevaba las gafas, tenía el mismo aspecto de siempre: mona, bajita e informalmente vestida con vaqueros y camiseta. Pero se dio cuenta entonces de que todo en ella parecía… brillar. Su largo pelo oscuro apartado de la cara por una coleta, destacando esos intensos ojos verdes. Y los labios generosos cuya suavidad aún recordaba. Y las curvas…

Cada centímetro de ella parecía brillar.

El camarero se acercó y dejó un doble expreso delante de él.

Absolutamente encantado con Carrie, y con su nueva situación, Trent habló sin pensar:

—Yo mismo sugerí que este matrimonio fuese un acuerdo entre

los dos, pero debes saber que te encuentro muy atractiva. No sé si me resultará fácil no tocarte o besarte otra vez, pero si tú no quieres…

—No quiero.

Su rechazo hirió el ego de Trent, pero no lo demostró.

—Muy bien. Entonces respetaré tu decisión.

—Y yo entenderé que quieras salir con… en fin…

—¿En fin?

—Que te acuestes con otras mujeres —dijo Carrie en voz baja, como si estuvieran en una iglesia y no en un café lleno de gente que reía y hablaba por el móvil.

—Estupendo —sonrió él—. Gracias por ser tan comprensiva.

—De nada.

Trent observó sus mejillas sonrojadas y la poco disimulada curiosidad en sus ojos. Él no era tonto. A Carrie Gray le gustaba… mucho, si no estaba equivocado. Y fueran cuales fueran sus razones para colocar el cartel de «No pasar», estaba seguro de que lograría convencerla para que lo quitase en muy poco tiempo.

—Por lo que yo sé, a las esposas no les gusta compartir a sus maridos.

—Sí, supongo que eso es cierto —asintió ella—. Pero sabes que tú no serás mi marido de verdad.

De nuevo, experimentó aquella sensación posesiva. Trent levantó su taza y tomó un sorbo de café, el caliente líquido calmando un poco a esa nueva bestia que había dentro de él.

—Aunque a ti te parezca bien que vea a otras mujeres mientras estemos casados, me temo que yo no puedo permitirte lo mismo.

—¿Permitirme? —repitió ella.

—Eso es.

—Yo no obedezco órdenes, Trent.

—Pero eso es parte del trato.

—No puedes añadir cláusulas al trato cuando te venga en gana.

—Vamos a estar casados durante un año. Buscar sexo fuera del matrimonio sería humillante y dañino tanto para ti como para mí. —Trent dejó lentamente la taza sobre la mesa—. Te juro que yo no romperé mis votos de matrimonio.

Ella lo miró, incrédula.

—¿No vas a salir con otras mujeres?

—No. Durante un año, no habrá ninguna otra mujer en mi vida.

Carrie tragó saliva.

—O sea, que vas a pasarte sin sexo durante un año. ¿De verdad crees que puedes hacer eso?

No, no lo creía. Especialmente con ella paseando por su apartamento día y noche, bañándose en su bañera, sentándose a su lado en el sofá, brillando todo el tiempo…

Trent tomó un sorbo de café y dejó escapar una especie de gemido.

—¿Qué, demasiado caliente?

—Podría ser. Sí, podría ser.

* * *

Se casaron el sábado siguiente en una ceremonia encargada a toda prisa por la empresa organizadora de eventos más ilustre de Nueva York, la de Abigail Kirsch. Se celebró en el hotel Lighthouse, en el muelle de Chelsea, un sitio maravilloso pero demasiado grande para tan pocos invitados.

Una ceremonia civil y sin alianzas habían sido las dos exigencias de Carrie. Desde que era niña había soñado con un precioso anillo de compromiso y una boda por la iglesia, pero como aquélla no era la boda de verdad que siempre había imaginado, insistió en que Trent y ella intercambiasen los votos sin los anillos y en un sitio poco tradicional, pero fabuloso, para que la noticia saliera en todos los periódicos, que era lo que deseaba James Tanford.

Carrie llevaba un vestido increíblemente caro que había sido elegido para ella por la coordinadora de la boda. Incluso se había peinado como sugirió Abigail. Después de todo, aquélla no era su boda «de verdad», de modo que sus deseos personales quedaban a un lado.

Y no había invitado a nadie. Todos los asistentes eran invitados de los Tanford. Carrie había pensado decirle a sus amigas que la boda había sido una decisión de última hora, como si se hubieran escapado a Las Vegas. Pero sabía que habría preguntas, muchas e incómodas preguntas.

A las cuatro de la tarde del sábado estaba con Trent, guapísimo

con su esmoquin, frente a una pared de cristal desde la que se veía el río Hudson. Durante la breve ceremonia, con los invitados y la familia tras ellos, Trent la besó tiernamente y Carrie lo agradeció, porque ese beso aportaba cierta realidad a aquella absurda situación.

Después, habló con los Tanford, que parecían genuinamente contentos con la boda. Pero eran dos personas muy frías, como todos los millonarios a los que había conocido en Manhattan, y no se molestaron en abrazarla. Ni a ella ni a su hijo.

James Tanford había organizado un banquete fabuloso, pero Carrie comió poco. Mientras paseaba por el salón se sentía incómoda, sola. Lo único que le resultaba familiar, lo único que calentaba un poco su corazón en aquella cálida tarde de agosto, era el beso de Trent y que no se hubiera apartado de ella en ningún momento.

A las siete de la tarde volvieron a casa y, con ese beso en mente, Carrie se preguntó qué iba a pasar y cómo iba a enfrentarse con el hecho de que, durante un año, sería la esposa de Trent Tanford.

Capítulo 7

Su noche de boda empezó de una manera muy poco romántica: con Carrie haciendo la maleta y marchándose del apartamento del príncipe. Como Sebastian pensaba volver a Manhattan, lo había llamado unos días antes para informarle de que renunciaba a su puesto. Él le dijo que lamentaba perderla, pero que entendía su deseo de seguir adelante con su vida. Carrie no le había contado lo que pensaba hacer, pero le había asegurado que cuidaría de su apartamento hasta su llegada.

—¿Lista?

Trent estaba en la puerta del dormitorio. Se había cambiado el esmoquin por unos vaqueros gastados y una camiseta negra de manga larga. Cuando Carrie asintió, los dos salieron del apartamento del príncipe, decorado al estilo europeo, y atravesaron el pasillo para entrar en el ultra moderno apartamento de Trent.

El plano de la casa era muy similar, pero la decoración era totalmente diferente. En las paredes, pintadas de color gris, había cuadros abstractos y fotografías en blanco y negro, la mayoría de la ciudad de Nueva York. Sobre la preciosa chimenea de ladrillo del salón había una pantalla de plasma y, alrededor de una mesa de cristal y acero, modernos y mullidos sofás de piel negra con patas de acero. Tras ellos, cerca de una de las ventanas, había una zona que parecía destinada para la relajación, con una tumbona de piel, estéreo y reproductor de DVD y otros aparatos electrónicos que Carrie no reconoció.

Mientras iba a su nueva habitación pasaron por delante de la

cocina, abierta y alegre, con encimeras de granito negro, azulejos de intenso color azul eléctrico y modernos electrodomésticos de acero. Carrie no pudo evitar sonreír al ver un montón de platos en el fregadero.

Podía ser rico, pero Trent Tanford era un hombre al fin y al cabo.

Trent llevó sus maletas a una habitación grande pintada de color arena, con una cómoda de roble y un ventilador en el techo. Bajo el ventilador había una gran cama de matrimonio con cabecero de color crema, patas de metal y un montón de almohadones blancos. A cada lado de la cama, una mesilla de cristal con modernas lámparas y un jarroncito pequeño con rosas rojas de tallo corto.

Era una habitación preciosa.

—Antes era mi estudio, pero creo que estará mucho mejor contigo aquí.

Ese cumplido le tocó el corazón.

—Gracias por decir eso. Es muy bonito.

—Tengo más cosas bonitas que decir —afirmó él.

Carrie sonrió.

—Siento robarte el estudio.

—No pasa nada. Pero si de verdad lo lamentas mucho, puedes mudarte a mi habitación y volveré a poner los ordenadores y el escritorio aquí.

—¿Qué tal si te doy las gracias y lo dejamos así?

Era encantador, debía reconocerlo. Resistirse iba a ser difícil, pero tenía que hacerlo. Ser su esposa de verdad durante un año y luego salir de su vida para siempre sería demasiado doloroso y demasiado complicado.

Tal vez intuyendo que se sentía violenta, Trent señaló una puerta a la derecha, flanqueada por dos curiosas fotografías de ventanas con los marcos desconchados.

—La habitación tiene un cuarto de baño. Hay toallas limpias y Hannah, mi ama de llaves, te ha comprado un albornoz y algunas cosas más… cosas de chicas.

—¿Cosas de chicas?

Trent soltó una carcajada.

—No sé. Venga, por favor, dame un respiro. Eres mi primera invitada, Carrie.

—Sí, seguro.

—Lo creas o no, es verdad.

—Pero si solía guiar a tus pobres corderitas hasta aquí…

—Sí, por aquí han pasado muchas mujeres, pero todas se iban antes de las siete de la mañana.

Su sinceridad la dejó sorprendida.

—Eso es horrible.

—Tal vez, pero era lo acordado. Yo soy quien soy, Carrie. Mi vida es la que es. Y quien quiera entrar en mi vida, tiene que aceptarme como soy.

—Sí, claro. Pero ¿por qué tenían que irse a la siete de la mañana?

—Porque si se quedaban hasta más tarde… En fin, el mensaje no quedaba claro del todo.

—¿Y cuál era ese mensaje: no me gusta la gente que se levanta tarde?

—No, más bien: no quiero que pienses que esto ha sido algo más que un par de horas de diversión.

Carrie levantó una ceja.

—¿Desayunar juntos sería demasiado íntimo?

—Exactamente.

—Hablar sobre lo que vas a hacer ese día mientras tomas unos huevos revueltos y unas tortitas…

—Mira, yo siempre soy muy sincero —la interrumpió Trent—. Ninguna mujer ha entrado en mi casa sin saber antes cómo eran las cosas.

—Entiendo.

—Pero nosotros vamos a estar juntos durante un año —dijo él entonces, llevándose su mano a los labios.

Y luego siguió besando su muñeca, el codo, el antebrazo, el hombro… Tenía una boca maravillosa, suave y tentadora.

Pero Carrie recordó que había prometido tomarse aquello como un trato y apartó la mano.

—Voy a colocar mis cosas.

—Y yo voy a dejarte —sonrió Trent, aunque sus ojos estaban cargados de algo que ella no quería descifrar.

—Esto que estamos haciendo es una locura.

—¿Qué? ¿Lo de casarnos o… la atracción que hay entre

nosotros?

Carrie se quedó helada.

—Sí, bueno…

—Tú no sueles hacer locuras, ¿eh? —dijo Trent sonriendo.

—No, la verdad es que no.

—Pues el nivel de locura de esta relación depende enteramente de ti.

«Perfecto», pensó ella. «Una mujer que está muerta de sed decidiendo cuánta agua se ha de beber. Qué listo».

—Voy a hacer la cena. Cuando termines de guardar tus cosas, nos vemos en la cocina.

Carrie quería decir que sí, pero necesitaba tiempo para pensar, para decidir qué iba a hacer, cómo iba a ser su relación.

—Estoy muy cansada, de verdad.

Trent pareció decepcionado, pero no protestó.

—Buenas noches, entonces —murmuró, antes de cerrar la puerta.

Y ella se quedó sola otra vez.

Dejando escapar un largo suspiro, se sentó en la cama y miró el nuevo paisaje que la recibiría cada día, sin pensar en los gruñidos de su estómago o en el calor que sentía más abajo.

* * *

Era un sueño.

Sabía que era un sueño, pero no quería despertar. Su piel era como metal líquido, frío, suave, flexible, moviéndose debajo de él. Pero, por contraste, sus músculos, sus huesos y su sangre estallaban en una explosión de calor.

—¿Carrie?

Era la voz de Trent. Pero no era su sueño.

—¿Carrie?

El sueño se esfumó y, de nuevo, pudo sentir el roce de las sábanas suaves en la espalda y el pelo en la cara. Carrie abrió completamente los ojos. Trent estaba de pie en medio de la habitación, como un modelo en las páginas de una revista: traje de chaqueta, corbata, recién afeitado, los ojos de un azul tan claro

como la tela de unos vaqueros desgastados.

«Para comérselo», fue lo único que se le ocurrió pensar.

—¿Qué hora es?

—Las siete —respondió él—. Siento haberte despertado, pero no quería marcharme sin decirte adiós.

—Sí, claro —murmuró ella—. Gracias por despedirte.

Desde la cama, envuelta en aquel capullo de sábanas blancas, le llegó el aroma de su colonia masculina; un aroma que encendió su cuerpo, hinchado y húmedo de deseo.

Si lo agarraba por las solapas de la chaqueta y lo besaba, ¿qué haría Trent? ¿Qué pensaría de ella? ¿Qué pensaría ella misma? Se había casado el día anterior, acababa de guardar el vestido de novia en el armario, había hecho un pacto consigo misma para no acostarse con él.

Entonces le llegó otro olor… ¿café, almendras? Al girar la cabeza vio una taza de café y un plato con una tostada y fruta sobre la mesilla.

—Esto parece un desayuno, Trent.

—Sí, supongo que sí —sonrió él.

—¿Qué ha sido de esa norma tuya?

—Esas normas de las que hablamos anoche no se te pueden aplicar a ti.

Carrie experimentó una oleada de felicidad. Absurda felicidad, por otra parte.

—De verdad estás haciendo un esfuerzo, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?

—Para ser un buen marido.

—Siempre he sido un hombre muy concienzudo —sonrió Trent.

—Desde luego, estás haciendo que me sienta cómoda aquí —suspiró Carrie, pasándose una mano por el pelo—. ¿Tienes que irte ahora mismo?

—¿Por qué?

—Ese comentario que hiciste anoche sobre lo de hacer locuras…

—¿Sí?

—Creo que es hora de perder un poco la cabeza —contestó Carrie, tomando un sorbo de café.

—¿Y cómo piensas hacer eso exactamente?

Ella señaló el plato que había sobre la mesilla.

—Ya que has hecho el desayuno, también podrías dármelo.

Riendo, Trent se sentó sobre la cama, a su lado.

—Me gustas, ¿sabes? Me gustas mucho —le dijo, tomando una gruesa mora—. A ver, abre la boca.

Carrie cerró los labios alrededor de su dedo y él tuvo que carraspear.

—Eres muy mala.

Pero siguió dándole la fruta hasta que no quedó nada en el plato.

—Gracias. De verdad, ha estado muy bien —sonrió ella.

—Lo que dije en el café era en serio —dijo Trent entonces, con voz ronca—. Tú vas a ser la única.

Carrie no podía dejar de preguntarse por qué aquel mujeriego redomado parecía tan entusiasmado con ella, por qué estaba siendo tan considerado, tan amable. ¿Era sólo porque quería cumplir la promesa que le había hecho o había algo más?

—Eres la única, ¿de acuerdo? —repitió él, acercándose un poco más.

Carrie, olvidando todo lo que había decidido, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Muy bien.

Y entonces Trent la besó. Y ella le dejó hacer.

Primero besó sus labios, muy despacio, luego las mejillas, los ojos, el cuello, y después sus labios de nuevo.

No eran besos cargados de deseo o intensamente sexuales, pero todo en el cuerpo de Carrie latía, suplicándole en silencio que continuase.

¿Dónde estaban sus hábiles manos, sus dedos?

Cuando abrió los ojos él había dado un paso atrás y la estaba mirando con cara de sorpresa.

—Tengo que irme.

—Lo sé.

—¿Cenamos juntos esta noche?

—Cocinaré yo. Y te daré la cena.

Trent respiró profundamente.

—Eres una mujer complicada y tortuosa, Carrie Tanford.

Fue como si alguien la hubiera envuelto en una toalla calentita. «Carrie Tanford». Sonaba raro, pero le gustaría oírlo otra vez.

—Llegaré a casa alrededor de las ocho.

Cuando Trent se marchó, ella volvió a tumbarse en la cama y dejó escapar un largo suspiro. Se sentía frustrada e insatisfecha, loca de deseo por el hombre con el que se había casado… el hombre al que había jurado no tocar.

* * *

Trent se sentía en la cima del mundo.

A la una y media de la tarde, en la sala de juntas de AMS, con todos los ejecutivos de la empresa sentados alrededor de la mesa de caoba, James Tanford había anunciado su retiro, efectivo inmediatamente. Su hijo, Trent Tanford, sería el nuevo presidente. Nadie pareció sorprenderse por la noticia, ya que todos sabían que ocurriría tarde o temprano. Pero para Trent esas palabras habían sido maravillosas.

Después del anuncio de su padre, él anunció quién ocuparía su sitio como vicepresidente y los demás puestos nuevos del escalafón antes de informar sobre su plan de colocar a AMS en lo más alto antes de que terminase el año.

A las siete y media de la tarde estaba gustosamente cansado y deseando volver a casa, con su mujer.

El coche de la empresa lo esperaba en la puerta del edificio, la pintura negra reflejando las luces de las farolas.

—Buenas noches, señor Tanford —lo saludó Michael, su chófer.

—Buenas noches —sonrió Trent.

Pero cuando entró en el coche se llevó una sorpresa.

—¡Carrie!

—Hola —sonrió ella. Y esa preciosa sonrisa le hizo algo por dentro.

—Hola.

Tenía un aspecto diferente. Los vaqueros habían desaparecido, y las camisetas y vestidos de estilo *hippy*, también. Desde el principio sabía que tenía buenas curvas, pero no las había visto hasta aquel momento. Y qué curvas.

Se le hacía la boca agua mientras la miraba de arriba abajo, desde las sandalias de tacón al vestido rojo con escote palabra de

honor que mostraba el nacimiento de sus generosos senos.

El único pensamiento de Trent en ese momento era subir el cristal que los separaba del conductor para hacer el amor con ella.

Estaba tan encendido que apenas se enteraba de nada, pero sí la oyó decir:

—¿Quieres saber por qué estoy aquí?

—Sí, claro.

—Había pensado invitarte a cenar.

—¿Ah, sí?

—Para celebrarlo.

Trent miró ese rostro que no necesitaba maquillaje, el largo pelo oscuro que caía sobre sus hombros…

—¿Celebrar qué?

—¡Tu gran día, Trent!

—¿Qué?

—¿No te has convertido en el presidente de AMS? ¡Has conseguido el puesto que llevabas esperando toda la vida!

Trent, de vuelta a la realidad, asintió con la cabeza.

—Ah, sí, claro. Es que…

—¿Es que qué?

—Estoy sorprendido.

—Ah, muy bien. —Carrie se dirigió al conductor—. A Babbo, Michael.

—Muy bien, señora.

—Hace dos días era señorita —dijo ella sonriendo.

—Estás guapísima. Carrie se puso colorada.

—Gracias.

No sabía cómo iba a volver a casa con aquella mujer y mantener su promesa de no tocarla. Menuda promesa le había hecho. ¡Qué imbécil! Trent se dejó caer sobre el respaldo del asiento.

—¿Y si dijera «al infierno con la cena»?

—Entonces, tendríamos nuestra primera pelea.

—No, no quiero eso.

—Yo tampoco.

—Es un detalle por tu parte haber venido a buscarme —sonrió Trent.

—También yo soy una chica concienzuda. Y una buena amiga.

La sonrisa de Trent desapareció, pero disimuló enseguida y,

cuando llegaron al restaurante unos minutos después, estaba de nuevo de buen humor.

—Sabrás que en cuanto entremos serás examinada de arriba abajo.

—¿Querrán saberlo todo sobre la esposa de Trent Tanford?

—Sí —contestó él, saliendo del coche y ofreciéndole su mano—. Y, la verdad, lo entiendo perfectamente.

Sonriendo, Carrie dejó que la ayudase a salir a una de las sucias y apestosas pero siempre mágicas aceras de Nueva York.

Y así, de la mano, entraron en uno de los mejores restaurantes italianos de Manhattan.

Capítulo 8

—¡Que la detengan! ¡Es una ladrona!

Sentada a la mesa de la cocina, Carrie levantó la mirada, sonriendo. Eran más de las diez de la noche, habían vuelto del restaurante media hora antes y, mientras Trent se daba una ducha, ella se había puesto a buscar trabajo en el periódico.

Pero él acababa de entrar con un albornoz azul marino y el pelo mojado y estaba más guapo que nunca.

—¿Dónde está la comida que he traído del restaurante?

Carrie volvió a mirar fijamente el periódico, porque no mirar a aquel hombre tan atractivo en albornoz y descalzo le parecía la mejor idea.

—¿No se llama «la bolsa de las sobras»?

—¿Estás evitando la pregunta?

—¿Qué pregunta era?

Con una cerveza en la mano, Trent se sentó a su lado.

—¿Dónde está mi comida?

—Sigue en la nevera. ¿No la has visto?

—¡No! —rió él—. Ha desaparecido misteriosamente.

—Mira, seamos serios, tú eres demasiado sofisticado y demasiado pijo como para comer las sobras de la cena y lo sabes tan bien como yo —rió Carrie.

—Eso no es verdad.

—¿Qué parte no es verdad?

—Que sea pijo —sonrió él, ofreciéndole la cerveza—. ¿Quieres un poco?

—Sí, ¿por qué no? —Después de tomar un trago Carrie le devolvió la botella y siguió leyendo el periódico.

—¿Qué haces?

—Buscar trabajo. Pero tengo que actualizar mi currículum.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

Olía tan bien, a jabón, a hombre… a algo prohibido. Intentó respirar por la boca en lugar de por la nariz, tarea nada fácil sin parecer una mujer a punto de ahogarse. Le habría ayudado tener una pinza de la ropa o algo parecido.

—¿Por qué no?

—Sólo quiero hacer que mi experiencia como diseñadora gráfica suene más sustanciosa de lo que es en realidad.

—¿Lo tienes ahí?

—Sí —suspiró Carrie.

—Déjame ver.

Mientras Trent repasaba el currículum, ella se irguió en la silla, como si de verdad estuviera en una entrevista de trabajo.

—Estoy decidida a conseguir un puesto como diseñadora gráfica en otoño —le dijo—. Un puesto de ayudante me parece bien, pero lo que de verdad quiero es llegar arriba. Y aprender de los mejores.

Trent le devolvió el papel.

—Yo sé lo que necesitas para solucionar el problema.

—¿Qué?

—Tienes que cambiar tu apellido. Pon Carrie Tanford y no tendrás ningún problema para encontrar trabajo.

—No puedo hacer eso —dijo ella, sorprendida.

—¿Por qué no?

—Quiero conseguir un trabajo por mis propios méritos.

—Nadie se va a molestar en fijarse en tus méritos. —Trent se echó hacia atrás en la silla y tomó un trago de cerveza—. ¿Sabes cuánta gente busca trabajo como diseñador gráfico en Manhattan? Y no me refiero a ese tipo de puesto en el que, además de llevar papeles de una oficina a otra te dedicas a servir cafés, que son la mayoría.

—Sí, bueno, imagino que habrá mucha gente.

—Muchísima. Hay miles de diseñadores. —Trent dejó la cerveza sobre la mesa y tomó su mano—. Un cazatalentos ni siquiera leería

tu currículum a menos que algo llamase su atención.

—Como el apellido Tanford, por ejemplo.

—Exactamente.

—Pero hay más de un Tanford en Nueva York.

—Todo el mundo sabe que me he casado y con quién me he casado. Sólo hay una Carrie Tanford.

Ella suspiró.

—No sé…

—No es tan mal apellido.

Parecía un niño orgulloso y Carrie tuvo que sonreír.

—No, no lo es.

¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué tenía escrúpulos? ¿Porque sólo iba a llevar ese apellido durante un año?

Estaba empezando a sentirse muy confusa. Y no le gustaba eso. Ella solía ser una persona decidida, pero cuanto más tiempo estaba con él, más confusa se sentía.

—Consigue el trabajo y demuestra luego lo que vales.

—Tengo méritos —insistió Carrie, más para sí misma que para él.

—Unos méritos increíblemente atractivos que ninguna empresa debería dejar pasar —sonrió Trent.

Estaban convirtiéndose en amigos. Entre ellos empezaba a haber una camaradería muy agradable. Y eso estaba bien. Lo que la preocupaba era la innegable atracción que iba incluida en esa amistad. Y no era sólo la proximidad, aunque seguramente eso ayudaba mucho. No, había sentido aquella conexión desde el primer día, cuando habían hablado en el descansillo.

Carrie volvió a mirar su currículum, pensativa. Quizá debería cambiarlo. Después de todo, ahora era la señora de Trent Tanford. ¿Dónde estaba el daño? Ella era muy trabajadora y aprendía rápidamente. Sería un activo para cualquier empresa que tuviera el sentido común de contratarla.

—Muy bien. Lo haré.

—Estupendo.

Trent se inclinó hacia delante para besarla en los labios. Era un beso cálido, posesivo, uno que dejaba bien claro lo que quería.

El corazón de Carrie latía a toda prisa cuando se apartó y, sin pensar, se pasó la punta de la lengua por los labios…

Entonces Trent tiró de ella para sentarla sobre sus rodillas y Carrie le echó los brazos al cuello. Mientras se besaban sentía su erección rozando su cadera y suspiró sobre su boca.

Su cuerpo ya no parecía suyo, como si hubiera sido desconectado de su cerebro. Fuera lo que fuera, era una causa perdida. No podía resistir el deseo que sentía por él. Tendría que lidiar después con las consecuencias.

Por el momento, iba a disfrutar de los besos de Trent Tanford.

Cansada de estar de lado, levantó una pierna para sentarse a horcajadas sobre él. Al hacerlo, el albornoz de Trent se abrió ligeramente… y comprobó que estaba desnudo. Pero eso no la detuvo, no la asustó; al contrario, la excitó aún más.

Trent acariciaba su espalda mientras la besaba, cambiando de ángulo, sus lenguas enredándose en un baile seductor…

Luego tiró hacia abajo del escote del vestido, exponiendo uno de sus pechos al frío del aire acondicionado. A Carrie se le quedó el aliento en la garganta cuando él inclinó la cabeza y empezó a lamer el pezón. Sujetando el pecho por debajo, lo empujaba suavemente hacia su boca, chupando con fuerza.

—Sí, ahí, quédate ahí…

No era una sorpresa que sus braguitas estuvieran mojadas, ni que experimentase un deseo que no recordaba haber sentido nunca. Deseaba a Trent de una manera casi dolorosa. Deseaba aquella dura erección dentro de su cuerpo…

Ninguno de los dos oyó el golpecito en la puerta, al menos no inmediatamente. Pero fuera quien fuera insistía y los golpes se convirtieron en un estruendo.

Trent levantó la cabeza, murmurando una palabrota. Cuando se apartó, sus ojos parecían los de un borracho.

—Son las once —murmuró Carrie.

En el descansillo podían oír la voz de una mujer…

—Espero que no sea Vivian Vannick-Smythe.

Trent tomó su cara entre las manos.

—Vuelvo enseguida —le dijo, arreglándose el albornoz antes de salir de la cocina.

Carrie se apoyó en la mesa, medio atontada y encendida hasta el punto de que se pondría a gritar si no conseguía acostarse con Trent esa noche. Pero, a pesar de la niebla que parecía haberse instalado

en su cerebro, consiguió escuchar la voz de una mujer, aguda e insistente. Y la de Trent, impaciente y ronca.

Furiosa, Carrie se arregló un poco el vestido y salió al pasillo cuando él estaba cerrando con llave.

—El pasado llama a la puerta —bromeó Trent.

Pero entonces sonó otro golpecito y luego la voz de una mujer:

—Trent, por favor…

Él sacudió la cabeza.

—Lo siento mucho, Carrie. No sé cómo ha entrado en el portal. Nos ha visto en Babbo esta noche y… quería hablar conmigo —murmuró, mientras abría de nuevo—. Madeline, vete a casa.

La alta, delgadísima y espectacular pelirroja hizo un puchero.

—No.

—Voy a pedirte un taxi.

—No quiero un taxi. Lo que quiero es que me expliques ahora mismo por qué has aparecido en Babbo con esa enanita a la que llamas tu esposa.

Muy bien, pensó Carrie. La «enanita» tenía algo que decir.

—Espera… —empezó a decir Trent.

—No pasa nada, esto es una cosa de mujeres. —Carrie se colocó frente a la guapísima aunque ligeramente borracha modelo y pensó que tenía razón, era un poco enanita. Al fin y al cabo, tenía que levantar la cabeza para mirarla a la cara—. Hola, Madeline.

La chica se quedó helada, pero se recuperó rápidamente.

—¿Así que eres tú la que dice haberse casado con Trent?

—Sí, soy yo. Y tú eres una chica muy alta y muy guapa que ha tomado unas copas de más y está llamando a la casa de un hombre casado a las once de la noche. Piénsalo.

Las cejas perfectas de Madeline se unieron en el centro.

—Pero…

—¿No te parece un poquito desesperado para una chica como tú? Por favor, mírate al espejo.

Madeline tragó saliva, con sus ojos castaños abiertos de par en par.

—Sí, la verdad es que tienes razón.

—Vete a casa, date un baño de espuma, vete a dormir y mañana verás las cosas de otra manera. —Carrie alargó una mano para tocarla en el hombro—. Esto es Manhattan, cariño, y hay

millonarios más o menos atractivos en cada esquina.

La chica asintió vigorosamente con la cabeza.

—Tienes razón, sí… gracias…

—Carrie —contestó ella.

—Gracias, Carrie.

—¿Quieres que te pida un taxi?

—No, lo hará el conserje. Me adora. Una pena que sólo sea un conserje —suspiró la modelo.

—Sí, claro. Buenas noches. —Carrie cerró la puerta y, cuando se volvió, Trent estaba mirándola con la boca abierta—. No me lo puedo creer.

—Lo siento, pero yo no… —empezó a decir él.

—No puedo creer que una de tus chicas haya encontrado la puerta del apartamento sin mi ayuda.

Trent soltó una carcajada y ella rió también. Cuando la risa terminó, Carrie le dio un golpecito en el hombro.

—Buenas noches, marido.

—Espera.

—¿Qué?

Ninguno de los dos parecía saber cómo retomar lo que habían dejado a medias en la cocina, antes de que la modelo llamase a la puerta. Pero Carrie respondió por los dos encogiéndose de hombros.

—Muy bien —dijo Trent.

—Buenas noches.

—¿Carrie?

—¿Sí?

—¿Cuando has dicho «millonarios más o menos atractivos» te referías a mí?

—Buenas noches, Trent —sonrió Carrie, antes de entrar en su habitación.

—Sólo has dicho eso para librarte de ella, ¿verdad? —lo oyó preguntar desde el pasillo.

Pero ella no contestó.

Capítulo 9

—¡Tengo trabajo! —anunció Carrie unos días después, entrando en casa con el aire de alguien que acabara de ser admitido en el club más exclusivo del mundo—. Acabo de escuchar el mensaje y no me lo puedo creer.

Trent estaba en la cocina haciendo rollitos de *sushi* y levantó la mirada, sonriendo.

—Enhorabuena.

—Gracias. —Carrie hizo una burlona reverencia.

Estaba muy guapo. Se había quitado el traje de chaqueta que solía llevar a la oficina y llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta azul cielo que destacaba su bronceada piel, marcando claramente su estómago plano y sus anchos hombros.

—¿Quién es la empresa afortunada?

—Ebet y Gregg.

—Ah, bien, muy bien —dijo Trent, ofreciéndole una copa de vino blanco—. Enhorabuena.

—Lo mismo digo —sonrió Carrie, tomando un trago—. Oye, espera un momento.

—¿Qué?

—¿Por qué no pareces sorprendido?

—¿Pusiste Tanford en el »?

—Sí.

Él hizo un gesto con las manos.

—Por eso.

Carrie le dio un juguetón puñetazo en el hombro.

—Listillo.

Trent la tomó por la cintura.

—Así es como me llaman.

—¿De verdad? ¿Te llaman así en la oficina?

—Sí.

—Cuando tu ayudante entra en tu despacho dice: «le esperan en la sala de juntas, señor Listillo»

—A lo mejor debería llamártelo a ti —rió Trent—. Venga, ve a tu habitación y mira en tu armario.

—¿Por qué?

—Vamos, hazlo.

Suspirando, Carrie fue a su habitación, con él detrás, y sin saber qué podría haber en el armario, abrió la puerta.

—¡Ostras!

—Ah, una reacción interesante —rió Trent—. Aunque no es exactamente lo que yo había esperado.

El armario estaba lleno de vestidos, trajes, zapatos, bolsos. Todo de su talla y en una gama perfecta de colores.

Carrie alargó una mano para tocar un fabuloso traje de Chanel.

—¿Es la colección entera de Barneys?

—No toda, no —contestó él.

—Muy bien, entonces tú sabías que iban a darme ese trabajo.

—Dejaron el mensaje hace horas —le confesó él.

—¿Y has hecho todo esto en unas horas?

—No ha sido nada.

Carrie se dejó caer sobre la cama, suspirando. No podía entender cómo había podido comprar todo eso en tan poco tiempo. Ah, no, claro, él no había ido a comprarlo. Seguramente solo habría hecho un par de llamadas.

Aun así…

—Es un detalle tan cariñoso, tan bonito…

—Antes de que digas nada más, debes saber que lo he hecho por motivos absolutamente egoístas.

—¿Ah, sí?

—Gracias a mi nuevo puesto como presidente de AMS, tengo que acudir a cenas oficiales, eventos y…

—Ah, ya, y mi ropa no era adecuada. Muy bien, lo entiendo.

—Además, necesitarás ropa para ir a trabajar.

Carrie se levantó para darle un abrazo y, sin dudar, como si fuera lo más normal del mundo, Trent la apretó contra sí. Sus musculosos brazos, su olor, cómo se apretaban sus pechos contra el torso masculino… todo estaba empezando a resultar familiar para ella.

—No soy una de esas chicas que se muestran tímidas y rechazan un regalo que les gusta mucho.

—¿No?

—Me encanta la ropa, tío.

—¿Acabas de llamarme tío?

Carrie soltó una carcajada.

—Gracias, de verdad.

—De nada. Pero voy a terminar de hacer la cena antes de que bebas demasiado, te emborraches y te lances sobre mí.

—Yo nunca me emborracho.

—Bueno, un hombre tiene derecho a soñar, ¿no?

* * *

—Señor Tanford, le llama una tal señora Davis.

Trent ni siquiera se molestó en levantar la mirada. No reconocía el nombre y tenía una reunión en diez minutos.

—Que deje un mensaje.

—Pero dice que es muy importante.

—Siempre es importante —suspiró él—. Por favor, dile que te deje el mensaje.

—Es sobre su suegra, señor Tanford.

—Yo no tengo… —Trent no terminó la frase. Sí, ahora tenía suegra, pensó entonces—. Pásamela, por favor.

—Sí, señor Tanford —dijo su secretaria, y le pasó la llamada.

—¿Dígame? —Trent arrugó el ceño. Carrie le había contado muy poco sobre su madre, sólo que vivía en la ciudad y que era artista, lo mismo que le había dicho el investigador—. Soy Trent Tanford.

—Señor Tanford, soy Wanda Davis, la persona que cuida de la señora Gray.

—¿Cómo?

—Su cuidadora. Y me temo que tenemos un problema.

—¿A qué se refiere?

La mujer pareció vacilar.

—¿Sabe dónde está Carrie, señor Tanford?

—Trabajando, supongo —contestó él, alarmado—. ¿Le importaría decirme qué ocurre?

—La he llamado al móvil, pero lo tiene apagado —siguió la mujer, nerviosa—. Sólo Carrie puede calmar a la señora Gray cuando se pone así, pero si no la encuentro tendré que llamar a una ambulancia…

—¿La señora Gray está enferma?

—Bueno, imagino que sabrá que… en fin, pensé que lo sabía.

Trent pensó en su nuevo puesto, en las reuniones que lo esperaban después de comer.

—No llame a una ambulancia, iré enseguida —dijo, tomando un bolígrafo—. Deme la dirección, por favor.

Capítulo 10

Cuando Carrie llegó al apartamento de su madre estaba a punto de sufrir un infarto. Había estado reunida con un cliente y el jefe les habían pedido a todos que apagasen los móviles.

Pero nunca volvería a hacer eso. Si lo hubiera dejado en silencio, habría sabido de inmediato lo que pasaba…

Cuando terminó la reunión y escuchó los angustiosos mensajes de Wanda, pidió disculpas a su jefe y le dijo que tenía que marcharse urgentemente. Pero había tardado diez minutos en encontrar un taxi…

Lo primero que vio al entrar en el apartamento fue a la ciudadora de su madre paseando por la cocina con gesto preocupado.

—¿Qué ha pasado, Wanda?

Al verla, la mujer suspiró, aliviada.

—Ha empezado a hablar de tu padre —le explicó.

—Oh, no.

—Ya sabes que ha ocurrido antes, pero esta vez ha sido peor que nunca. Empezó a llorar, a decir que tenía que encontrarlo, que tenía que hacer que la escuchase para que cuidase de ti… Incluso intentó abrir la puerta.

—Dios mío —murmuró Carrie, con el estómago encogido.

Su madre llevaba seis meses sin sufrir un episodio así y estaba convencida de que no volvería a ocurrir. Evidentemente, estaba equivocada.

—Nunca la había visto tan alterada. No sabía qué hacer, así que

llamé a tu marido —dijo Wanda entonces.

—¿Qué?

Trent no sabía nada sobre la enfermedad de su madre. No había querido hablarle de algo tan personal, por no decir angustioso, hasta que se conocieran un poco mejor.

—En cuanto él llegó, tu madre se calmó un poco…

Carrie apenas la oía mientras corría por el pasillo. La puerta de la habitación estaba entreabierta y cuando entró encontró a su madre dormida como una niña, su pálido rostro relajado. Trent, sentado en una silla con un libro en las manos, se puso un dedo sobre los labios.

—Acaba de dormirse.

—¿Está bien? —murmuró ella, inclinándose para mirarla de cerca.

—Sí, pero parecía decidida a buscar a tu padre.

Los ojos de Carrie se llenaron de lágrimas. Su padre se había marchado mucho tiempo atrás y estaban mejor sin él. Pero Rachel vivía cada vez más en el pasado. Lo que para ella eran sólo vagos recuerdos, para su madre eran situaciones dolorosamente reales.

—¿Cómo has conseguido calmarla?

—Le he dicho que yo lo encontraría.

—No, Trent…

—Tenía que hacerlo.

Ella asintió con la cabeza.

—Me preguntó quién era y le dije que era tu marido.

—¿Y qué ha dicho mi madre? —preguntó ella con curiosidad.

—Al principio no parecía entenderlo, pero antes de quedarse dormida me miró y dijo: «tú eres el marido de mi hija».

Carrie apretó su hombro. No podía creer que estuviera allí, haciéndole ese enorme favor.

—¿Qué libro le estabas leyendo?

—*Orgullo y prejuicio.*

—¿Una novela romántica?

—Tu madre me dijo que era una de sus favoritas —suspiró Trent —. Y para ser una novela romántica, no está tan mal.

—Me alegra saber que Jane Austen cuenta con tu aprobación —bromeó Carrie.

Él inclinó a un lado la cabeza, estudiándola.

—¿Qué? —dijo ella.

—Me recuerdas a Elizabeth Bennet, la protagonista. También ella era una listilla.

—Sí, es verdad —rió Carrie—. ¿Por qué no vuelves a la oficina? Yo me quedaré aquí con ella.

—No.

—¿Cómo que no?

—Es tu primera semana en la empresa.

—Pero les he dicho que tenía una emergencia familiar. Tendrán que entenderlo…

—No lo entenderán. Lo que harán será despedirte.

Carrie apretó los labios. Sabía que tenía razón, pero no podía dejar sola a su madre. Si volvía a alterarse de nuevo o quería salir del apartamento, Wanda necesitaría ayuda.

—Me quedo —dijo Trent, muy serio.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Tú también tienes un trabajo. Él sonrió, arrogante.

—Yo soy el jefe y puedo hacer lo que quiera —le dijo—. Creo que he dejado de ir a trabajar tres veces en toda mi vida. Hoy pienso pasar mi cuarto día libre con tu madre.

—Trent…

—Nos vemos luego.

Carrie no se movió. No dejaba de hacerse preguntas sobre aquel hombre que actuaba como… como si fuera su marido.

—Si empeorase…

—Te llamaré —le aseguró él.

Aquel trabajo era su futuro, la seguridad de su madre, de modo que apretó su hombro por última vez antes de salir de la habitación.

—Volveré a las cinco y media para relevarte.

—Sí, claro, venga, vete —insistió Trent, mostrándole el libro—. Quiero saber qué hace ahora el maldito señor Darcy.

Carrie miró a su madre por última vez y, sonriendo, salió de la habitación.

* * *

Trent estaba en la cama, leyendo currículums para el puesto de jefe de ventas de AMS, cuando se abrió la puerta del apartamento. Eran más de las once y llevaba horas en casa después de que Carrie lo relevase en el apartamento de Rachel. Se había ofrecido a quedarse, pero ella había insistido en que se fuera.

La oyó cerrar la puerta de su habitación y, unos minutos después, la creyó en la cama. ¿Por qué no? Había tenido un día largo y difícil.

Trent volvió a sus currículums, intentando controlar la decepción… pero entonces se abrió la puerta y Carrie apareció con una camisola de seda de color crema que le había comprado en La Perla.

Mientras se acercaba a la cama no podía dejar de mirarla, sorprendido. Tenía la cara un poco enrojecida, como si se la hubiera lavado con jabón un minuto antes, el pelo suelto cayendo sobre los hombros en suaves ondas y los generosos pechos apenas escondidos bajo la camisola.

—Trent…

—¡No, por favor!

Sorprendida por la intensidad con la que había hablado, Carrie se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa?

—No te acerques a mí vestida de esa forma.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué.

Carrie, esbozando una sonrisa pícara, se levantó un poco la camisola para mostrarle las braguitas a juego.

—Lo digo en serio —le advirtió él, con su erección claramente visible bajo la sábana que lo tapaba de cintura para abajo—. Te doy cinco segundos para que te vayas. Si no… tú verás.

Los ojos verdes se iluminaron. Y no se movió.

—Uno —empezó a contar Trent. Ella seguía en el mismo sitio—. Dos…

Carrie dio un paso adelante.

—Tres… cuatro…

No contó hasta cinco. ¿Para qué? Se había levantado de la cama y la tomó entre sus brazos en una décima de segundo. Atrapó su boca mientras la empujaba suavemente hacia la cama y, cuando

Carrie estaba encima de él, mirándolo a los ojos, algo pasó entre ellos. Algo que golpeó a Trent en el plexo solar: aquella mujer era suya.

Pero entonces Carrie se apretó contra su erección y su mente lo abandonó. Lo único que quería era besarla, chuparla, entrar en ella y no salir hasta que los dos estuvieran sin aliento. La tumbó de espaldas sobre la cama y la devoró a besos.

Carrie dejó escapar un suave gemido y levantó las caderas, buscándolo, diciéndole que estaba preparada, que llevaba semanas preparada.

Pero Trent estaba decidido a ir despacio. Iba a hacer suyo cada centímetro y cada poro de su cuerpo, pensaba mientras la mordía en el cuello.

Carrie sintió un escalofrío interno, como si estuviera a punto de llegar al orgasmo. Y temía no poder contenerse.

Trent, completamente desnudo, la acariciaba y mordisqueaba su cuello mientras ella pasaba las manos por sus hombros. No, no iba a poder contenerse.

—Bésame… —murmuró.

—Carrie —susurró él, deslizando las manos por su espalda para agarrar su trasero, apretándola contra su erección.

Ella reaccionó rápidamente con la más íntima de las caricias, enredando las piernas en la cintura masculina. El sexo no había sido parte de su vida durante dos años, pero incluso antes siempre había sido más bien algo corriente. Nada que ver con aquello, nada como Trent tocándola y haciéndola suspirar.

Y deseaba todo eso, lo deseaba todo de él. Sabía que Trent estaba tan desesperado como ella, lo notaba en sus jadeos, en su forma de mirarla.

Era una afortunada, sí.

Trent se apartó un poco y empezó a besar su cuello, deteniéndose en el fino tirantito de la camisola. Con dedos tiernos pero ansiosos, tiró de ellos hacia abajo y, al hacerlo, la camisola cayó hasta su cintura.

Los ojos de Trent ardían mientras admiraba sus pechos, los dos pesados globos que parecían suplicar su atención, sus besos. Carrie dejó caer la cabeza sobre la almohada, llenando sus pulmones de su aroma mientras él buscaba uno de sus pezones con los labios.

Sus pechos siempre habían sido muy sensibles; a veces, cuando llevaba un jersey sin sujetador, el roce le hacía sentir un cosquilleo entre las piernas. Pero eso no era nada comparado con lo que estaba pasándole en aquel momento. Mientras Trent chupaba un pezón, usaba el pulgar y el dedo medio para acariciar y pellizcar el otro y eso la volvía loca.

Pero cuando sintió una gota de líquido seminal cayendo en el interior de su muslo, perdió la cabeza. Se frotó fuertemente contra él, gritando como un animal herido mientras levantaba las caderas como si Trent estuviera dentro de ella.

—Carrie… —susurró, metiendo una mano entre sus piernas—. Cariño, eres tan dulce… Dime lo que quieres.

Cuando el orgasmo terminó por fin, su deseo por Trent se había intensificado.

—A ti, dentro de mí…

Él estaba abriendo el cajón de la mesilla antes de que pudiera decir una palabra más. Se enfundó en el preservativo y, después de quitarle la camisola y las bragas, se colocó sobre ella, separando sus piernas con la rodilla, y Carrie sintió que su vello le quemaba la piel.

Con su erección colocada a la entrada de su cueva, Carrie levantó las caderas, recibiéndolo poco a poco, acostumbrándose a la masculina invasión.

No iban a tener el menor problema con el sexo.

Hacer aquello lo cambiaba todo y lo sabía. Pero el deseo era demasiado poderoso como para pensar en las consecuencias.

Trent, colocado sobre ella y casi sin respiración, la miraba como un toro a punto de embestir.

Con una audacia que no creía poseer, Carrie se llevó las manos a los pechos y se acarició los pezones mientras Trent la miraba a la luz de la lámpara.

—Tú… —Fue todo lo que pudo decir antes de entrar en ella con una profunda embestida.

Carrie abrió las piernas para recibirlo mejor, deslizando las manos por su espalda para apretar sus firmes nalgas, empujándolo más hacia ella. Luego él empezó a moverse, cada embestida tocando ese punto que la dejaba con la garganta seca, haciendo que sus pechos vibrasen, haciéndola sentir desesperada por explotar otra

vez.

Carrie envolvió su cintura con las piernas y siguió su ritmo, empujando con él. Tan excitada como Trent, metió una mano entre ellos y capturó rápidamente sus duros testículos.

Él dejó escapar un gemido de sorpresa pero, mientras Carrie jugueteaba con ellos, sintió que se ponía todavía más duro, que todo su cuerpo temblaba. Seguía moviéndose rápidamente, sus embestidas convirtiéndose en asaltos rápidos, frenéticos asaltos que la obligaron a agarrarse al cabecero de la cama.

Trent apretaba sus pechos mientras se movía, arqueándose como un semental, cada vez más rápido hasta que los dos perdieron el control.

Luego Carrie gritó y el orgasmo la dejó sin aire. Incapaz de detenerse, Trent la siguió con una desesperada acometida antes de caer sobre ella, temblando sobre su piel húmeda y ardiente.

Pasaros varios minutos antes de que cualquiera de los dos pudiese hablar. Estaban tumbados de lado, bajo las sábanas, Trent apretándola contra su pecho, las femeninas nalgas contra su saciada entrepierna.

Carrie se sentía más relajada y feliz que en mucho tiempo. ¿Era el sexo, se preguntó, o estar entre los brazos de su marido? ¿O las dos cosas?

Se volvió para mirarlo porque quería ver sus ojos, ver si podía leer en ellos alguna reacción a lo que acababa de pasar.

Pero Trent tenía los ojos cerrados, su rostro en paz.

Como cualquier mujer persistente, Carrie hizo lo que pudo para despertarlo de una manera cariñosa. Besó primero sus párpados, después la punta de su nariz, luego su boca…

Él tardó un momento en responder.

—¿Qué ocurre? ¿Estás dispuesta a hacerlo otra vez? —bromeó, dándole una palmadita en el trasero.

Carrie se puso colorada.

—Tonto…

—Te ha gustado eso, ¿eh? Muy bien, lo recordaré.

Ella tocó su cara, sonriendo.

—Me gustas.

En cuanto pronunció esa frase, supo que no era verdad. No sólo le gustaba, estaba enamorándose de él.

Él la miró, con el ceño arrugado.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, claro.

—¿Seguro? —Trent la estrechó entre sus brazos—. Pareces triste. ¿Es por lo de hoy?

—No, pero ya que lo mencionas, quiero darte las gracias. Lo que has hecho por mi madre…

—Lo he hecho por ti.

—Gracias de todas formas.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No lo sé —suspiró ella.

—Tiene Alzheimer, Carrie.

—¿Crees que no me he dado cuenta?

—No te estoy regañando, cariño. Me importas y te habría ayudado antes de haberlo sabido.

Ella alargó una mano para acariciar su cara. Había juzgado mal a aquel hombre. Podía ser un mujeriego, pero en el fondo era un verdadero amigo.

—¿Puedo preguntarte una cosa más?

—Sí, claro.

—¿Tu padre?

Carrie se puso tensa.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué tampoco me habías dicho que os abandonó?

De modo que su madre había tenido algún momento de lucidez mientras estaba con él…

—Por la misma razón por la que no te conté lo de mi madre. Me parecía demasiado personal.

—¿Demasiado personal?

—Nuestro matrimonio era un simple acuerdo, Trent. Se supone que en ningún momento debía ser un matrimonio de verdad… en ningún sentido.

—Pero lo es —dijo él—. Y yo quiero que siga siendo así.

—No sé si yo pienso lo mismo…

—¿Por qué no?

—Un año, prometimos que duraría un año. No somos una pareja de verdad, no compartimos un pasado ni tenemos sueños para el futuro. Esto es asombroso, tú eres asombroso, pero apenas nos

conocemos, da igual lo que sienta por ti…

—¿Y qué es lo que sientes?

Carrie negó con la cabeza. No podía hacerlo. No podía decide que estaba enamorándose de él. Al menos, hasta que Trent lo hubiera dicho primero. Si lo decía alguna vez, claro.

—Da igual lo que sienta, la verdad es que no sé si puedo confiar en ti.

—Carrie…

El móvil que había sobre la mesilla empezó a sonar y ambos lo miraron con cara de pocos amigos.

—¿No vas a contestar? —preguntó Carrie.

Trent alargó una mano para tomar el teléfono mientras ella se tapaba con la sábana.

—¿Sí? ¿Qué? Ah, muy bien… de acuerdo. Tengo que irme, Carrie.

—Pero si es más de medianoche…

—Lo sé.

—¿Todo bien?

Trent saltó de la cama y se vistió a toda prisa.

—No hay nada de qué preocuparse.

—Tú tampoco confías en mí, ¿verdad?

Él se acercó a la cama para darle un beso en los labios.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

Carrie suspiró. Tenían mucho camino por recorrer su marido y ella. Los dos parecían querer justo aquello que el otro no estaba dispuesto a darle: confianza. Pero después de aquella noche, como había predicho antes entre sus brazos, nada sería lo mismo. Todo iba a cambiar.

Aunque tal vez confiar el uno en el otro sería parte de ese cambio.

Su pasado, su padre.

El presente de Trent, dónde iba a esas horas de la noche.

—Sí, aquí estaré —le dijo.

Capítulo 11

—Espero que haya una muy buena razón para pedirme que venga a estas horas.

En la triste oficina, con la mesa llena de papeles, el detective McGray se quitó el palillo de la boca para mirar a Trent y a su nuevo abogado.

—No estoy aquí para hacerle perder el tiempo, señor Tanford. Ni para alejarle de esa bonita esposa suya.

Trent apretó los dientes.

—¿Entonces qué quiere?

—Mostrarle esto.

El detective sacó una hoja de papel y tanto Trent como su abogado, Jerry Devlin, se inclinaron hacia delante.

—La nota amenazadora que usted recibió —empezó a decir McGray—, ¿era parecida a ésta?

Un millón.
Una cuenta en las islas Caimán.
Una semana para enviar el dinero.

Todo lo demás estaba tapado con cinta negra, presumiblemente cosa de la policía, de modo que Trent no podía ver con qué amenazaban al destinatario.

—Sí, más o menos lo mismo.

—Muy bien, gracias. Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Teníamos que saber si la nota era igual a la que usted había recibido.

—¿Por qué no me la enseñó la primera vez que estuve aquí? Entonces ya me habló de ella.

—En ese momento no nos pareció apropiado.

—¿Y un fin de semana a medianoche sí le parece apropiado?

Devlin puso una mano sobre su hombro.

—Señor Tanford, por favor…

—Sí, tranquilo, señor Tanford. Un testigo agitado en una comisaría de policía… —El detective McGray se levantó al ver un compañero haciéndole señas tras el cristal de la puerta—. Perdóneme un momento.

—Sí, claro, ¿por qué no? Háganos esperar un poco más —replicó Trent, irónico—. ¡Esto es ridículo! —exclamó cuando se quedaron solos.

—Sí, es verdad, pero parece que estamos a punto de terminar —suspiró Devlin—. Lo mejor será tomárselo con calma. No queremos que digan que el presidente de AMS no coopera con la policía.

—Muy bien, de acuerdo. Haré lo que pueda.

—Voy a hablar con ese detective para ver si podemos aligerar el asunto, ¿te parece? —Buena idea.

Unos minutos después, un hombre de aspecto robusto y pelo negro asomó la cabeza en la oficina.

—¿Trent? ¿Cómo estás?

El capitán de policía, que era amigo de la familia Tanford, le ofreció su mano.

—Hola, Mike. Un poco cansado, la verdad.

—Si, lo siento. Me temo que teníamos que llamarte.

—Si tú lo dices…

—El caso no avanza y estamos recibiendo muchas presiones —el capitán se inclinó para hablarle en voz baja—. Entre tú y yo… creemos que la muerte de Marie Endicott podría no haber sido un suicidio.

—¿Por qué? —preguntó Trent, sorprendido.

—Eso no puedo decírtelo, pero te agradezco que hayas venido. Ah, y saluda a tus padres de mi parte —sonrió el capitán.

—Sí, claro.

—Y enhorabuena por tu boda. Debe de ser una chica muy especial.

—Sí, lo es —asintió él.

El capitán se cruzó en la puerta con McGray y su abogado.

—Gracias por venir. Si le necesito a usted o a la señora Tanford, se lo haré saber.

Trent tuvo que contener su furia. ¿Qué era aquello, una amenaza? ¿Estaba diciéndole que tendría que estar pendiente de sus órdenes?

—Deje a mi mujer en paz.

Devlin intervino rápidamente.

—Lo que el señor Tanford intenta decir…

—No, Jerry. Lo que intento decir es que deje en paz a mi mujer, es muy sencillo. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Seguro que no tiene nada que ver, pero nunca se sabe.

—Yo sí lo sé —insistió Trent, con un tono frío como el acero—. No quiero que le hagan perder el tiempo.

McGray se encogió de hombros.

—Si no tengo que llamarla no lo haré, pero si ocurre algo o recibe una nueva nota, espero que me lo cuente.

Una vez fuera de la comisaría, Trent se despidió de Devlin, subió al coche y cerró de un portazo. Había dejado a su mujer en la cama, desnuda y calentita, para no resolver absolutamente nada.

Pero mientras Michael lo llevaba de vuelta a casa se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, tenía alguien esperándolo. Y saber eso hacía que sintiera algo completamente nuevo para él, algo muy parecido a la felicidad.

* * *

Trent volvió a su cama veinte minutos después y respiró el aroma que había quedado en el aire. Ese aroma adictivo estaba en todas partes: en las sábanas, en las almohadas, en el pelo de Carrie…

Intentó que le bajara la erección mientras la apretaba contra su costado, pero era imposible. Sobre todo cuando Carrie arqueó la espalda y movió sus nalgas hacia él.

—Hola —susurró.

—Hola —murmuró Trent, besando suavemente su nuca.
—¿Todo bien?
—Sí, todo bien.
—¿Quieres contármelo?
—No, esta noche no.
—Bueno, pero…
—Estoy bien, te lo prometo.
De nuevo, Carrie se apretó contra su túrgido miembro y Trent pasó las manos por su estómago, deslizándolas hacia arriba para acariciar sus pechos. Notó que su respiración cambiaba de ritmo cuando rozó sus pezones y el escalofrío que la recorrió de arriba abajo se le traspasó a él.
Estaba dispuesta y preparada.
Hicieron el amor hasta altas horas de la madrugada, dándole la bienvenida a los primeros rayos del sol con susurros y gritos de pasión.

* * *

-Tengo que deciros una cosa, pero no quiero que os enfadéis.
Carrie y sus amigas estaban en el salón de belleza, las tres con los pies metidos en agua jabonosa, a punto de recibir una de esas nuevas pedicuras a base de chocolate y parafina. Como Amanda llevaba un mes trabajando diligentemente en el aniversario de la construcción del histórico edificio del 721 de Park Avenue, la alta rubia sabía lo que iba a decir. Julia, por otro lado, había estado en las Bermudas con su nuevo marido y no sabía lo que había ocurrido en la vida de Carrie durante las últimas semanas.
—¿Tiene algo que ver con que no me hayas devuelto ningún correo mientras estaba de viaje?
—Algo así.
—Por cierto, Jules, no puedo creer que tuvieras tiempo de escribirle a nadie —intervino Amanda, mirando tonos de laca de uñas—. Estabas de luna de miel, mujer.
—¿Y qué?
—Deberías haber estado haciendo… las cosas que se hacen durante la luna de miel.

—Mi tripita empieza a ser una molestia —suspiró su amiga.

—¿Y no podéis hacerlo por de…?

—¡Amanda! —Julia soltó una carcajada.

Carrie no podía soportarlo más y respirando profundamente, soltó su secreto:

—Me he casado con Trent Tanford.

Las dos mujeres olvidaron su conversación para mirarla; Amanda sonriendo porque ya lo sabía, Julia como si le hubiera crecido otra cabeza.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Que me he casado con Trent, mi vecino.

—¿Por qué? —preguntó Jules, atónita.

—Me he enamorado de él.

—¿Cuándo te has enamorado de él?

Carrie dejó escapar un suspiro. Había esperado un interrogatorio, claro, sobre todo por parte de Julia, pero sabía que lo hacía con cariño. El problema era que no quería compartir los detalles de su matrimonio. Primero, porque la razón era vergonzante y, segundo, porque entonces tendría que admitir que no se había casado por amor… y era muy doloroso admitir eso.

Nadie tenía por qué saber cómo había empezado su matrimonio, sólo como era ahora.

—Mira, sé que suena absurdo, pero así fue. Me enamoré de Trent.

Ahora estaba enamorada de él y eso era lo único que importaba.

Sí, era cierto, pensó, sintiendo un calorcito por dentro. Estaba enamorada de su marido.

—¡Con Trent Tanford!

—Esperaba que me dierais la enhorabuena —se lamentó Carrie —. No porque seamos amigas, sino porque… ¡yo invito a esta sesión de pedicura!

Julia se arrellanó en el sillón, cruzándose de brazos.

—¿Y crees que vas a poder chantajearnos con una pedicura para que no te interroguemos?

—No es sólo una pedicura, también es un masaje —intentó bromear Carrie.

—Creo que yo puedo perdonarte, Car —dijo Amanda.

—Traidora —murmuró Julia.

Las tres se quedaron en silencio durante un rato, disfrutando del masaje, pero su obstinada amiga rompió el silencio:

—¿Y qué tal la vida de casada?

—La verdad, una agradable sorpresa —sonrió Carrie.

Julia levantó sus depiladas cejas.

—Ah, qué definición tan interesante.

—¿Una sorpresa en qué sentido? —preguntó Amanda—. ¿Te deja notitas cariñosas debajo de la almohada o has encontrado un armario lleno de correas y látigos?

—Lo primero, tonta —rió Carrie—. Trent es muy cariñoso, me trata como a una reina. No es lo que yo había esperado.

Aunque se preguntaba qué pensaría él de su matrimonio. ¿Se sentiría satisfecho? ¿Estaría en algún bar, hablándole a sus amigos de ella?

Seguramente no.

—Imagino que sabrías lo cariñoso que era antes de casarte con él. Supongo que es por eso por lo que te has casado.

—Sí, claro —murmuró ella, nerviosa—. Sólo digo que estoy viendo una cara nueva de Trent. Como era tan mujeriego cuando nos conocimos, estaba un poco preocupada, la verdad… —Carrie se calló para no seguir diciendo incoherencias.

—Ya, lo entiendo —dijo Julia.

—Pero ten cuidado —le advirtió Amanda.

—¿Por qué?

—No cometas el error de pensar que puedes cambiar a un hombre.

—No, eso ya lo sé.

—No quiero deprimirte, te lo juro. Pero es que en mi experiencia…

—¿Qué experiencia es ésa? —La interrumpió Carrie, curiosa.

A pesar de ser una persona extrovertida, Amanda nunca les había contado nada de su pasado.

Pero ella se encogió de hombros y apartó la mirada.

—No nací ayer —se limitó a decir.

—A lo mejor Trent era un tarambana porque estaba esperando a encontrar a la mujer de su vida —sugirió Julia.

—Eso espero —sonrió Carrie.

—Por cierto, quiero que quede bien claro que fue idea mía que

llamases a su puerta. Me debes a mí haberte casado con él.

—No, de eso nada —la interrumpió Amanda—. Yo también la animé.

—¿Tú? Pero si fue idea mía…

—Bueno, chicas —rió Carrie—. Como estamos hablando de mi felicidad, dejad que os dé las gracias a las dos porque, sin ese empujoncito, no estaría hoy aquí… enamorada y feliz.

—De nada, Car —dijo Amanda.

—Y enhorabuena —suspiró Julia.

—¿Entonces me perdonas por no haber contestado a tus mensajes?

Julia estaba tan entusiasmada con las manos de Jeanne Marie que apenas oyó la pregunta. Con los ojos cerrados, murmuró un:

—¿Eh? Ah, sí, sí, claro.

Carrie se volvió para mirar a Amanda y las dos soltaron una carcajada antes de cerrar los ojos para disfrutar de un maravilloso masaje.

Capítulo 12

Relacionarse con clientes importantes era lo normal en el negocio de Trent. Normalmente acudía sólo a las cenas y nunca le había parecido que el cliente lo respetase menos por ser soltero. Pero esa noche veía su mundo con otros ojos, ojos de hombre casado, y se quedó sorprendido al comprobar que su padre podría tener razón al decir que un hombre era más respetado por tener al lado una esposa.

Su esposa se había alejado de él en ese momento, pero sólo para charlar con otras personas, algo que Trent no le había pedido que hiciera cuando salieron de la limusina para entrar en Nanni, en la calle 46.

AMS había reservado el restaurante para aquel evento. Reunir a los ejecutivos de las cadenas de televisión afiliadas en la costa Oeste era importante, sobre todo para Trent, que sería el anfitrión por primera vez. Su padre estaba fuera del país, de modo que Carrie y él eran los únicos Tanford en aquella fiesta.

La observó charlando con un grupo de mujeres, algunas ejecutivas, otras esposas de empleados, con la gracia y la naturalidad de alguien que hacía eso todos los días. Estaba guapísima con un vestido rosa pálido sin mangas que se ajustaba a sus pechos y caía haciendo suaves ondas hasta las rodillas, el pelo sujeto en un sencillo moño y el maquillaje joven y natural, como ella.

Se había dado cuenta unos días antes de que estaba loco por su mujer. Y reconocerlo había puesto su relación en perspectiva, dando

por terminada la moratoria para el matrimonio. Su relación con la chica a la que conoció en la universidad, con la que estuvo a punto de casarse, había sido el enamoramiento loco de un crío, el deseo haciéndose pasar por algo más importante.

Lo sabía porque ahora sentía eso más importante por su esposa.

Cada vez que la miraba deseaba abrazarla, cada vez que otro hombre la miraba le entraban ganas de golpear la pared con el puño.

—Nunca había sentido envidia, Tanford.

Trent se volvió para mirar al hombre que le había dado una palmadita en la espalda. Alan Dowd era el director de una de las mayores cadenas afiliadas a AMS en Los Ángeles y amigo de toda la vida de su padre.

—¿Perdona?

—Nunca había sentido envidia de otro hombre hasta hoy —sonrió Alan, mirando a Carrie.

—Soy muy afortunado.

—Desde luego que sí. No la dejes escapar.

—No pienso hacerlo. Por eso me he casado con ella.

—Eso no es una garantía. Mi ex mujer está ahora viviendo con su amante en mi casa de Tahiti y yo tengo que dormir con una carpeta llena de quejas absurdas del departamento de Recursos Humanos.

Aunque la respuesta debería haber sido simplemente una broma o algún comentario burlón, Trent era un profesional y sabía que allí debía terminar la conversación. De modo que, dándole una palmadita en el hombro, se alejó para hablar con el director de la filial de Chicago.

Y una hora después se acercaba a Carrie, que lo recibió con una sonrisa.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

Tras despedirse de los invitados que quedaban, Trent le abrió la puerta de la limusina.

—Muy bien, no me gusta decirlo porque sé que haces negocios con esta gente, pero lo de esta noche ha sido…

—¿Aburrido?

—Ya te he advertido que no quería decirlo.

—Mi trabajo puede ser tedioso a veces.
—No, no es tu trabajo.
—Bueno, la gente puede ser tediosa a veces.
—En realidad, la mayoría eran muy agradables. Pero había un par de ejecutivos…
—¿Daniel Embry?
—Ah, ése es el más aburrido de todos. Se dedica a pescar y colecciona canicas…
—¿Qué tal Megan Frost?
—Yo creo que está loca.
—Y ese novio suyo…
—No —lo interrumpió ella—. No era su novio, creo que era un acompañante pagado. Y un actor. El tipo no paraba de preguntar si conocíamos a Andrew Lloyd Webber. —Carrie puso los ojos en blanco—. El pobre se ha quedado en los ochenta.
—Sí, pero el tatuaje no estaba mal —rió Trent—. Y tú lo has hecho muy bien.
—Gracias.
—Se te da de maravilla.
—Sólo estaba cumpliendo con mi deber.
—Bueno, entonces mi deber es darte las gracias como es debido. —Trent le indicó al conductor que diese tres vueltas por el parque antes de llevarlos a casa.
—Sí, señor Tanford.
—¿Tres veces? —rió Carrie—. ¿Qué estás planeando, Tanford?
Trent pulsó un botón y el cristal tintado que los separaba del conductor se deslizó hacia arriba silenciosamente. Y, por si acaso, decidió poner el estéreo.
—¿Qué haces? —rió Carrie.
Trent se sentó en el suelo del coche y empezó a quitarle los zapatos.
—Has pasado muchas horas de pie, imagino que te dolerán un poco —murmuró, dándole un masaje.
Ella suspiró, encantada, mientras Trent la miraba con un ansia que no podía disimular. La vida de casado lo había sorprendido por completo. Se sentía feliz, satisfecho y completamente despreocupado por su regla de «las cuatro semanas». Carrie era diferente. Era suya, su esposa.

Carrie lo había curado de todo eso.

Siguió dándole un masaje en los tobillos, las pantorrillas… pero notó que se ponía rígida cuando levantó su falda hasta las caderas.

—Trent…

—Calla.

Carrie, que había abierto los ojos, vio cómo metía la mano entre sus piernas para acariciar su húmedo centro y Trent pensó que iba a terminar allí mismo al oírla gemir. Pero, haciendo un esfuerzo para contenerse, tiró del encaje que cubría aquel paraíso. El paraíso que quería probar inmediatamente.

En unos segundos, las bragas estaban en el bolsillo de su chaqueta.

Casi sin respiración, separó sus piernas y pasó un dedo por el centro, tan despacio que Carrie levantó las caderas para seguir el movimiento de su mano.

Trent lanzó una especie de gruñido.

—¿Qué ocurre?

—Nada, es que estás tan húmeda…

—Por tu culpa. Por cómo me tocas…

Su sinceridad, su forma de mirarlo como si confiara totalmente en él, lo hizo sentir el hombre más importante del mundo.

—Eres mía, Carrie, ningún hombre puede tocarte. Sólo yo. ¿Lo entiendes?

Trent se colocó entre sus piernas y, sin dejar de acariciarla, inclinó la cabeza. Cuando su lengua rozó el sensible capullo, ella echó la cabeza hacia atrás, levantando las caderas. Casi no podía controlar su cuerpo mientras se movía y ondulaba, suplicándole que continuase. Y Trent lo hizo, metiendo una mano bajo sus nalgas mientras con la otra trazaba círculos sobre la húmeda abertura. Cuando introdujo dos dedos, Carrie tuvo que contener un grito. Estaba al borde del orgasmo y Trent debió de sentirlo, porque seguía simulando la cópula con dos dedos mientras lamía el hinchado capullo.

Ella se movía, se arqueaba, clavando las uñas en el asiento de cuero hasta que por fin llegó el clímax, los espasmos como una tormenta.

No podía respirar, no podía pensar.

Unos segundos después la tormenta amainó, pero ella seguía

moviendo las caderas, cada vez más lentamente hasta que por fin se detuvo.

Trent se apartó, sin sacar los dedos, aún empujando suavemente, mirándola a los ojos. Y cuando dieron la tercera vuelta al parque, Carrie por fin encontró su voz:

—Muchas gracias, cariño.

Cuando salieron de la limusina los dos estaban despeinados, riendo y excitados como dos adolescentes. Entraron en el portal de la mano, besándose. Ese viaje en limusina por el parque sólo había sido el principio y Carrie odiaba admitirlo, pero ahora entendía por qué las mujeres aparecían en casa de Trent Tanford a las tantas de la madrugada.

Era asombroso.

Y era todo suyo.

Pero quería que él sintiera lo mismo, quería notar cómo se deshacía entre sus manos, quería verlo temblar y…

Vivian Vannick-Smythe estaba hablando con el conserje, Henry Brown, pero al oír el repiqueteo de los tacones de Carrie sobre el suelo de mármol, los dos se quedaron en silencio.

—Hola, Vivian —la saludó Trent mientras iban hacia el ascensor.

La mujer parecía extrañamente asustada.

—Hola, Trent —murmuró, tirando de la correa de sus perritos. Pero los animales parecían haberse quedado clavados al suelo.

Irritada, la señora Vannick-Smythe dio un fuerte tirón de la correa para sacarlos a la calle.

—¿Qué le pasará? —murmuró Carrie.

—Con esa mujer nunca se sabe.

Y eso fue todo lo que dijeron sobre el tema, porque en cuanto las puertas del ascensor se cerraron, Trent la empujó contra la pared, sus ojos azules brillando, traviesos, mientras metía una rodilla entre su piernas.

—Quiero hacerte el amor durante toda la noche.

Carrie sonrió. Si se salía con la suya, Trent Tanford no iba a decirle esas palabras a ninguna otra mujer.

Lograron salir del ascensor sin dejar de besarse, pero cuando entraban en casa estaba sonando el teléfono.

—No contestes.

—Claro que no —rió él.

Carrie quería tocarlo como la había tocado Trent, ponerse de rodillas para acariciarlo con la boca como había hecho en la limusina… pero el teléfono seguía sonando mientras desabrochaba la hebilla del cinturón.

—Señor Tanford, soy el detective McGray… —La voz masculina salía del contestador.

Carrie se quedó parada.

—Se dejó su Blackberry en la comisaría la otra noche. Cuando venga a recogerlo, por favor, pase por mi despacho. Tengo que hacerle una pregunta sobre la nota y sobre su… —El hombre hizo una pausa— sobre los días que pasó con la señorita Endicott.

Ella dio un paso atrás.

—¿Quién es el detective McGray?

—Nadie. —Trent intentó volver a besarla, pero Carrie se apartó un poco más.

—¿Estaba hablando de Marie Endicott?

Percatándose de que el mensaje del detective había sido como un jarro de agua fría, él dejó escapar un suspiro.

—Sí, me temo que sí.

—¿Es allí donde fuiste la otra noche, a la comisaría?

—Carrie, tienes que calmarte…

—¿Te han llamado para preguntarte algo sobre su muerte?

—Sí.

—Pero si fue un suicidio.

—Ya no están seguros de eso.

—¿Qué? —Carrie lo miró, con el corazón golpeando sus costillas —. Dios mío, ¿y tú eres sospechoso de su muerte?

Capítulo 13

Trent seguía en el pasillo, donde diez segundos antes había estado haciendo el amor con su mujer. No le gustaba nada la mirada acusadora de Carrie, pero intentó hablar con calma:

—Han llamado a varias personas del edificio, no soy el único.

—A mí no me han llamado.

—Porque tú no la conocías.

—Y tú sí.

—Así es.

—Saliste con ella, ¿verdad?

Trent levantó las manos al cielo.

—Nos vimos dos veces, nada más —contestó, harto del tema.

Pero, evidentemente, Carrie no pensaba dejarlo.

—Si no fuera nada importante, no tendrías que ir a la comisaría a medianoche.

Trent empezaba a impacientarse. ¿Por qué no le contaba lo de la nota amenazadora?

Tal vez porque nada era sencillo cuando se trataba de las mujeres, sobre todo aquella mujer en particular. Y sospechaba que no iba a creerlo dijera lo que dijera.

—Querían preguntarme si yo sabía por qué se había quitado la vida.

—¿Y lo sabías?

—No.

—No me lo estás contando todo, ¿verdad?

—Mira, déjalo, estoy harto del asunto…

—Espera un momento. Marie dejó una nota antes de suicidarse…

—Buenas noches, Carrie.

—¿Adónde vas?

—Me voy a dormir.

—¡Estamos teniendo una conversación!

—Esto no es una conversación, es un interrogatorio.

—Bueno, pues imagino que ya estarás acostumbrado a esas cosas.

—¿Cómo dices? —exclamó Trent, atónito—. Pero bueno, ¿se puede saber qué te pasa? Hablas como…

—¿Como qué, como tu mujer?

—No, como si hubieras perdido la cabeza —replicó él.

Carrie dio un paso atrás y, cuando levantó la mirada, Trent vio que sus ojos se habían empañado.

—Bueno, a lo mejor he perdido la cabeza al pensar que el nuestro podría ser un matrimonio de verdad. Que tú y yo podríamos compartirlo todo…

—¿Como tú has compartido los problemas de tu familia conmigo, por ejemplo? —le espetó él, airado.

—Mira, déjalo, estoy cansada —murmuró Carrie.

—Sí, yo también.

Carrie se sentó al borde de la cama, sintiéndose como una tonta, como una cría de dos años que no quería compartir sus juguetes pero esperaba que los demás niños los compartiesen con ella.

¿Qué había pasado? Nunca en su vida había reaccionado de una manera tan poco sensata ni había tratado a nadie con tan poco respeto.

Trent tenía razón: había perdido la cabeza.

Estaba locamente enamorada de él. ¿Por qué si no habría reaccionado así?

Al otro lado de la ventana, las luces de Nueva York iluminaban el oscuro cielo. Había querido que le contase la verdad, pero si era sincera consigo misma debía admitir que había querido que le confesase algo tan sucio, tan horrible, que tuviera que dejarlo.

Carrie enterró la cara entre las manos. ¿Era eso lo que estaba haciendo, buscar una excusa para dejarlo antes de que la dejase Trent?

Tenía que hablar con él, pensó. Si no lo hacía, aquella discusión quedaría entre ellos para siempre. Y su relación podría no durar un año siquiera.

Tomando el cepillo del pelo y unas braguitas blancas del cajón, Carrie salió del dormitorio. Trent estaba en el salón viendo un partido de béisbol y, colocando las braguitas en el mango del cepillo, las puso delante de su cara, moviéndolas como si fuera una bandera blanca.

Él miró por encima de su hombro.

—¿Es una forma de flirtear o una perversa manera de ofrecer una tregua?

—Lo que tú quieras —suspiró ella—. Perdona por lo de antes. Me he puesto un poco histérica, lo reconozco.

—Yo también lo siento.

—Nunca le había hablado a nadie de esa manera.

—Bueno, entonces me siento honrado de ser el primero —bromeó Trent.

Carrie se dejó caer a su lado en el sofá.

—Tenía nueve años cuando mi padre se marchó —empezó a decir—. Llevaba años advirtiéndonos que lo haría. Solía decir: «un día de éstos no me tendréis aquí para traer comida a casa» o «un día de éstos no estaré aquí para llevarte al colegio»… y un buen día desapareció. En realidad, fue un gran alivio, pero creo que eso ha hecho que desconfíe de los hombres. Aunque la verdad es que no me había dado cuenta hasta ahora. —Carrie se encogió de hombros —. Siempre he roto mis relaciones sentimentales antes de que se convirtieran en algo serio, ¿entiendes?

—Sí, creo que sí.

—¿Tú también has estado protegiéndote a ti mismo?

—Sí, pero por una razón muy diferente.

Carrie no le preguntó. Era su momento de contar la verdad.

—No te conté lo de mi padre porque, si quieres que te sea sincera, aún no sé si puedo confiar en ti del todo.

Trent tomó su mano para llevársela a los labios.

—Lo entiendo y lo respeto.

—Pero quiero confiar en ti… —Carrie hizo una pausa porque estaba a punto de decir las palabras más importantes que le había dicho nunca a un hombre—. Quiero confiar en ti porque te quiero,

Trent.

Esperó que reaccionase, que la mirase con cara de susto o algo peor, pero no fue así. No pudo leer nada en su expresión y eso la asustó tanto que, cuando Trent por fin abrió la boca, decidió interrumpirlo:

—No, por favor. No tienes que contestar nada. Sólo quería decirlo en voz alta.

Los ojos azules se oscurecieron, pero había algo muy tierno en su mirada.

—Muy bien. Lo dejaremos así.

—Gracias.

—Por el momento. Pero ahora es mi turno.

—De acuerdo —murmuró Carrie.

—Salí dos veces con Marie Endicott. Era una chica agradable, divertida, pero no teníamos nada en común y después de la segunda cita decidimos que no habría una tercera. Me encontré con ella un par de veces en el ascensor, nos decíamos hola… y nada más. Luego leí en el periódico que se había suicidado y me quedé atónito, como todo el mundo. —Trent dejó escapar un suspiro—. Hace unas semanas recibí una nota en la que me pedían que ingresara un millón de dólares en una cuenta en las islas Caimán si no quería que revelasen secretos de mi pasado, pero como yo no tengo nada que ocultar no le presté ninguna atención y la tiré a la basura. Unos días después me llamó un policía para preguntarme por mi relación con ella y me dijo que otra persona del edificio había recibido una nota similar.

—¿Quién? —preguntó Carrie.

—No lo sé, no quiso decírmelo. Pero la última vez que estuve en comisaría me enseñó esa nota y era muy parecida a la que yo había recibido.

—¿A quién se la enviarían? —murmuró ella, pensativa.

Tal vez Julia o Amanda sabrían algo porque vivían en el mismo edificio, pero no podía preguntarles.

—Una cosa más —dijo Trent—. Cuando estaba en la comisaría, el capitán, que es amigo de mi familia, me comentó que estaban barajando la posibilidad de que la muerte de Marie no fuera un suicidio.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

—¿No me escondes nada? —insistió ella mirándolo fijamente.

—No —contestó él, tirando de Carrie para sentarla en sus rodillas.

—¿Ésta ha sido nuestra primera pelea?

—Supongo que sí —respondió Trent—. Y después de esa desagradable pelea, creo que deberíamos hacer las paces como es debido.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —rió Carrie.

—Sí, pero no aquí —contestó él, empujándola suavemente para que se levantara y tirando de su mano.

—¿Adónde vamos?

—A empezar otra vez. Si no recuerdo mal, volvíamos de la fiesta muy felices, jugueteando en el ascensor.

—¿Y los vecinos? No podrán usarlo…

Las puertas metálicas se cerraron tras ellos y Trent capturó su boca mientras con una mano pulsaba el botón de parada.

—Pero…

—Lo haremos rápido —dijo él, levantando su vestido.

—No demasiado rápido —le advirtió Carrie.

—Lo suficiente para darte placer —murmuró Trent, acariciándola entre las piernas hasta que Carrie tuvo que agarrarse a la barandilla de metal.

—Sí, me temo que podría ser muy rápido —suspiró ella—. Oh, Trent…

Diez minutos después, el conserje había cancelado la llamada de emergencia para reparar el ascensor y los irritados residentes volvían a sus respectivos apartamentos.

* * *

Carrie miró el reloj de su ordenador y comprobó que eran más de las seis. Tenía una cita con una señora muy importante y, si no se daba prisa, iba a perdérsela.

Después de apagar el ordenador y arreglar un poco su escritorio, tomó el bolso y salió de la oficina. Las cosas iban muy bien en su nuevo trabajo, pensó, contenta. Había logrado impresionar a todo el

mundo en el departamento con su eficiencia y sus creativas ideas.

La mayoría de los compañeros se habían ido ya a casa, aunque algunos obsesos seguían sentados frente a sus ordenadores, y se despidió alegremente de ellos mientras iba hacia el ascensor.

Era una afortunada. Había conseguido un trabajo estupendo y tenía que agradecérselo a Trent.

Trent. Su marido. Su amante.

En la calle la recibió el bochorno del día y el aroma a orín tan típico de Nueva York. Mientras esperaba un taxi no dejaba de pensar en él. ¿Por qué había tenido que decirle que le quería? Sería boba…

Bueno, al menos había sido lo bastante lista como para evitar que él respondiera.

Porque si le hubiera dicho que no podía quererla…

Trent Tanford era amable, cariñoso y un amante fantástico, pero no parecía la clase de hombre que decía «te quiero».

Un taxi frenó en seco a su lado, como solía ocurrir en Nueva York, y después de darle la dirección, Carrie se arrellanó en el asiento, pensativa. Si Trent hubiera podido contestar la otra noche, seguramente habría dicho algo amable como: «gracias, yo creo que eres estupenda».

Carrie dejó caer los hombros.

O tal vez le hubiese dado una larga charla sobre sí mismo y lo que quería y no quería de la vida. Le habría dicho que, aunque ella le caía muy bien, habían hecho un trato de un año y, por el momento, no podía pensar en nada más que eso.

De repente, se sintió mareada. El aire dentro del taxi no era mucho más fresco que en la calle.

Era un asco estar enamorada.

O a lo mejor era un asco cuando una estaba enamorada de un hombre que no sentía lo mismo, pensó, deprimida.

Unos minutos después entraba en casa de su madre y saludaba a Wanda en la cocina.

—¿Cómo va todo?

—Todo satisfactorio —anunció la ciudadora, usando una nueva palabra porque después de un tiempo usando «bien» o «regular» empezaba a resultar aburrido.

Wanda vivía con su madre ahora, algo que Carrie quería desde

el principio pero no había podido permitirse hasta ese momento. Rachel necesitaba cuidados las veinticuatro horas al día y, gracias a Dios y a su matrimonio con Trent, no iba a estar sola ni un minuto.

—He pensado que podríamos pedir la cena por teléfono.

—Ya está pedida —dijo Wanda, sacando platos y vasos del armario—. Llegará enseguida.

—Ah, genial. ¿Qué has pedido?

—No la he pedido yo.

—¿Eh?

—La cena llega cada noche a las ocho en punto.

—No te entiendo.

—La envía el señor Tanford… Bueno, él se encarga de que la envíen. Según él, como yo tengo que cuidar de Rachel no debería tener que hacer tres comidas al día. Yo le dije que no me importaba, pero él insistió.

Carrie no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Cuándo te dijo eso?

—Hace unos días. Pasó por aquí para ver a tu madre a la hora del almuerzo.

—No me había dicho nada…

—A lo mejor quería darte una sorpresa.

—Pues lo ha conseguido, desde luego.

¿Trent había ido a ver a su madre sin decirle nada? ¿Por qué?

—Tu madre está despierta, por cierto.

—Gracias, Wanda.

Lo primero que vio al entrar en la habitación fue el rostro de su madre, pálido, pero tan juvenil… y le pareció que estaba lúcida aquel día. O tal vez veía lo que quería ver.

—Hola, mamá.

—¿Carrie?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquellos momentos eran más raros cada día.

—Sí, soy yo. Mi marido ha pedido la cena para las tres. ¿Quieres charlar mientras cenamos?

—Carrie, cariño…

—¿Sí, mamá?

—Tengo algo…

—¿Qué?

—Un dolor.

—¿Dónde? Dime dónde te duele.

Rachel señaló su corazón.

—¿Te duele mucho? —preguntó Carrie, asustada.

—Es porque tu padre se fue.

—Lo sé, mamá, pero eso fue hace mucho tiempo.

—Se marchó por mi culpa.

—No deberías pensar esas cosas —suspiró ella, asustada. En ese momento sonó el timbre—. Ah, la cena ya está aquí. A lo mejor ha pedido ese pan de ajo que tanto te gusta y…

Rachel apretó su mano con fuerza.

—Tengo que pensar ahora. Tengo que hablar ahora…

A Carrie se le hizo un nudo en la garganta. Temía otro episodio como el del otro día, pero entendía el deseo de su madre de hablar. Tenía que decir lo que quería de inmediato porque unos minutos después podría ser demasiado tarde.

—Dime.

—Yo le pedí que se fuera, hija. Estaba tan cansada de sus amenazas… pero sobre todo de ver tu carita de pena cada vez que decía que iba a marcharse. No podía dejar que te hiciera eso. Una noche le dije: «vete, vete ahora mismo». —Rachel levantó la mirada; tenía los ojos llenos de lágrimas—. Y se marchó.

—Me alegro de que lo hicieras, mamá.

—Pero no se despidió de ti. Nunca me perdonaré a mí misma por eso.

—Tienes que perdonarte, mamá. Como yo tuve que perdonarme a mí misma por desear que se fuera.

Rachel la miró, sorprendida.

—¿Tú también querías que se fuera?

—Yo tampoco podía soportarlo más. Rezaba cada noche para que no estuviera en casa por la mañana y aquel día, cuando me desperté y no estaba allí… fue como empezar una nueva vida. Lo eché un poco de menos al principio, claro, pero según pasaban los años mis recuerdos eran mejores que la realidad. ¿Lo entiendes?

Su madre asintió.

—Sí, claro.

Wanda entró entonces con la cena y Carrie le dio las gracias a Trent en silencio por hacerles la vida un poco más fácil.

—¿Podemos ver una película? —preguntó Rachel.

—Por supuesto. Tú eliges, mamá.

—*¿Rebelión en las aulas?*

Riendo, Carrie se levantó para sacar el DVD del armario.

—Bueno, Wanda, prepárate para estar dos horas oyendo a mi madre decir lo guapo que es Sidney Poitier.

—Ah, yo estoy de acuerdo —anunció la mujer.

Rachel sonrió.

—No te preocupes, hija, dos horas pasan volando cuando ese hombre está en la pantalla.

Demasiado rápido, pensó Carrie mientras ponía la película en el reproductor. En dos horas, Sidney habría desaparecido, Wanda estaría en su cama, ella se iría a casa y Rachel volvería a hundirse un poco más en ese abismo en el que se había convertido su cerebro.

Capítulo 14

Tenía una esposa; una esposa que dormía en su cama.

Y le parecía muy bien.

En realidad, pensó Trent, era algo más que eso; estaba encantado.

Los primeros rayos del sol empezaban a colarse por la ventana, y la pálida luz iluminaba el rostro de su bonita esposa. Aquel ángel tan *sexy* que había bajado a la tierra para salvarlo de sí mismo. Y mientras Carrie estuviera con él podría mimarla, protegerla, ofrecerle su lealtad y lo que quedaba de su corazón.

Ella abrió los ojos entonces y parpadeó varias veces, como intentando recordar dónde estaba. Al ver a Trent, sus labios se abrieron en una sonrisa.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—Mejor que nunca. —Carrie alargó una mano para tocar su cara —. Ah, ¿mi caballero andante con armadura de Versace?

—¿Qué? —rió Trent.

—Gracias.

—¿Por qué?

Carrie sacó una pierna de entre las sábanas y rodeó con ella su cintura.

—Estuve en casa de mi madre anoche y cenamos… una de las cenas que tú has encargado.

—Ah, ya. Bah, eso no es nada. Tu madre debería tener la menor cantidad posible de problemas y tú también —sonrió Trent,

acariciando su muslo—. Se me había olvidado decirte que fui a verla el otro día. Bueno, en realidad no te lo dije para que no te sintieras mal.

—¿Por qué iba a sentirme mal?

—Porque con tu nuevo trabajo no tienes tiempo de ir a verla todos los días. Pero me gustaría seguir yendo a visitarla, si no te importa.

—¿Importarme? ¿Estás loco? —Carrie se apoyó en un codo para mirarlo a los ojos—. ¿O es que eres absolutamente perfecto?

—Ninguna de esas cosas —rió él.

—Quiero estar contigo, Trent —dijo ella entonces.

—Sí, yo también.

—No, quiero decir… que quiero seguir contigo cuando acabe el año. —Carrie dejó escapar un suspiro—. Ay, estas cosas se me dan fatal.

—Yo creo que lo estás haciendo muy bien —murmuró él.

—Quiero que sigamos casados.

Trent se quedó callado, mirándola. Ella supuso que no sabía qué decir o que prefería no decir nada.

—Te he dejado de una pieza, ¿verdad?

—Sí, un poco —admitió.

—Y vas a decirme que habíamos acordado estar juntos solo durante un año. Que aunque te gusto y te sientes atraído por mí…

—No sigas, Carrie.

—Sí, claro, es verdad, debería ir a ducharme —murmuró ella. Pero cuando intentó apartarse, Trent la sujetó.

—No, quédate. Vamos a hablar.

Muy bien, si iban a hablar, ella debía echarle valor.

—Creo que nos llevamos estupendamente —empezó a decir—. Y yo no quiero estar con nadie más, no me imagino estando con nadie más. ¿Qué te parece?

—Yo creo… —Trent empezó a jugar con su pelo— que está muy bien.

—¿Muy bien?

Él asintió, mirándola a los ojos. Y luego buscó sus labios y la besó como si fuera a ser suya durante más de un año, para toda la eternidad.

* * *

A las tres de la tarde llegó un ramo de flores a la oficina: peonías de color rosa tan artísticamente colocadas que el ramo casi parecía un cuadro. Carrie supo enseguida que eran de Trent y sonrió mientras abría la tarjeta:

Nos vemos esta noche a las
7 p. m.
en el número 727 de la Quinta Avenida.
Llevaré una caja azul en la mano.

El número 727 de la Quinta Avenida. Carrie decidió buscar la dirección en Google. ¿Cómo vivía la gente antes de la aparición de Internet?, se preguntó mientras esperaba impacientemente que la información apareciese en la pantalla.

Cuando vio dónde debía encontrarse con Trent esa noche, su corazón se puso a palpitar como loco. Era una emoción que sólo una chica podría entender.

Pero, cuando miró el reloj, arrugó el ceño.

Aún le quedaban cuatro tediosas horas por delante.

* * *

Trent la vio antes de que ella lo viera, caminando rápidamente por la calle, con un elegante traje de chaqueta y zapatos negros de tacón. La tienda acababa de cerrar al público y Carrie estaba a punto de llevarse una agradable sorpresa.

En realidad, era asombroso que hubiera podido hacerlo. Pero todo, incluso la famosa joyería
Tiffany's
, se alquilaba si uno tenía dinero suficiente. La idea era un poco cursi, desde luego, pero el sitio era un clásico de Nueva York.

El guardia de seguridad de la puerta, que estaba avisado, dejó

entrar a Carrie y, un segundo después, estaba delante de él, mirándolo con expresión confusa.

—¿Vamos a asaltar la joyería?

—No —rió Trent—. Hay guardias de seguridad fuera, como has visto, y varios más en el piso de arriba. Y por aquí debería haber un dependiente, pero suelen ser muy discretos.

Carrie miró las estanterías repletas de joyas.

—¿Vamos a cenar aquí?

—¿Has oído hablar de *Desayuno con diamantes*, la película en la que Audrey Hepburn se queda mirando el escaparate de Tiffany’s?

—Sí, claro.

—Bueno, pues ésta va a ser una cena con diamantes.

—¿En serio?

—Absolutamente en serio.

Trent la llevó a una sala grande, donde los esperaba una mesa con mantel de lino blanco, cubertería de plata y más peonías rosas.

—No puedo creer que vayamos a cenar aquí… en la joyería más famosa del mundo, rodeados de piedras preciosas.

—Y luego tenemos que ir de compras.

—¿Qué?

—He decidido que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué? —Carrie no podía contener la emoción.

—De comprar el anillo. Yo siempre había pensado que cuando me casara no llevaría alianza, pero…

Ella tenía que hacer un esfuerzo increíble, casi sobrehumano, para no echarle los brazos al cuello.

—¿Pero has cambiado de opinión?

—Quiero que tú elijas la alianza para mí.

—Muy bien.

—Y yo elegiré una para ti.

—Genial —la sonrisa de Carrie prácticamente iluminaba toda la joyería.

Tras ellos, uno de los dos camareros encargados de la cena carraspeó y Trent apartó una de las sillas.

—Señora Tanford…

Cuando les sirvieron el primer plato, Carrie levantó la mirada,

atónita.

—¿*Pizza*?

—Pensé que te encantaba la *pizza*.

—¡Y me encanta! Es perfecto, todo es perfecto.

—*Pizza* y

Tiffany's

, el Nueva York más clásico.

Mientras cenaban charlaron sobre el trabajo, la familia, los viajes que querían hacer. Trent no hablaba nunca sobre sus padres, pero le habló de una de sus niñeras, que había sido como una madre para él. Le contó que un día tomaron el *ferry* hasta Staten Island y lo pasaron tan bien que perdieron el de vuelta y tuvieron que dormir en casa de una prima de ella.

El mejor momento de su vida, le dijo.

—Salvo esta noche.

Cuando sonó su móvil Trent decidió no contestar. Pero enseguida le llegó un mensaje de texto.

—Perdona…

—No importa —sonrió Carrie—. ¿Ocurre algo? —le preguntó luego, al ver que arrugaba el ceño.

—Nada importante. Una de mis ayudantes me ha dejado un mensaje.

—¿Una de tus ayudantes? No sabía que tuvieras más de una.

—Tengo cuatro.

—Ah, qué suerte —rió Carrie.

—Sé que puede parecer absurdo, pero son vitales para mí. Tengo el triple de trabajo desde que mi padre se retiró… no es que me queje, ¿eh?

—Ya me imagino.

—En fin, la pobre se había quedado en la oficina hasta muy tarde para terminar un informe que necesito para mañana. No quería que nos interrumpieran esta noche pero, desafortunadamente, el presidente de AMS no tiene un día libre y eso puede ser muy frustrante a veces. ¿Seguro que quieres estar conmigo?

Ella fingió pensárselo un momento.

—Sí, por supuesto. Pero sigo sin creer que hayas reservado

Tiffany's

para cenar.

—Por ti, cualquier cosa. ¿Eres feliz?

Carrie apretó su mano.

—Mucho. Estoy contigo, Trent, y eso siempre me hace feliz.

—Es que no me lo puedo creer.

—¿Vas a mirar esa cosa toda la noche?

—¡No lo llames «cosa»!

Estaban en la cama, Trent leyendo y ella mirando el anillo como si fuera un recién nacido cuyo rostro quisiera memorizar. Trent se quitó las gafas que usaba para leer y que a Carrie le parecían las más seductoras y masculinas del mundo.

—¿No?

—Vas a herir sus sentimientos.

—Estás loca, pero me encanta verte tan feliz —rió él, tomando su mano.

—Hoy hay sido un día maravilloso. Ojalá no terminase nunca.

Trent examinó la banda de diamantes que le había comprado cuando Carrie prácticamente se desmayó al verla en la bandeja.

—En realidad, es muy sencilla.

—A mí no me gustan los grandes pedruscos. Este anillo soy yo, tú, nosotros… es perfecto. —Carrie le pasó una pierna por la cintura —. Tienes muy buen gusto, por cierto.

—Yo no he tenido nada que ver, pero gracias.

—¿Te gusta tu alianza?

—Sí, mucho. Pero lo que más me gusta es lo que has pedido que graben en ella.

—Ah, sí. —Carrie se aclaró la garganta, poniéndose dramática —. «Un día, un año, para siempre». Qué buena soy —sonrió al verlo reír—. No habrás cambiado de opinión sobre lo de seguir juntos, ¿verdad?

—No —dijo él—. Aunque hablas con un anillo, curiosamente no.

—Eres una buena persona —sonriendo, Carrie le quitó las gafas —. Hazme el amor, Trent.

—¿Delante del anillo?

—No le importará. De hecho, yo creo que le gusta mirar.

Trent buscó sus labios.

—Ah, qué pervertido.

Capítulo 15

Trent salió de la comisaría por tercera vez ese mes, Blackberry en mano, y se despidió de su abogado antes de entrar en el coche. Le habían hecho la misma serie de preguntas, añadiendo una nueva y absolutamente ridícula: McGray quería saber si la carta de amenaza había llegado a su casa o a la oficina y de qué clase de papel eran la nota y el sobre.

Trent le había contado todo lo que recordaba, pero McGray parecía frustrado cuando al final le dijo que podía irse.

Evidentemente, no tenían nuevas pistas sobre el posible asesinato de Marie.

Michael, su conductor, lo llevaba al sitio de moda en Nueva York, el restaurante español Pacheco, donde iba a reunirse con dos de los anunciantes más importantes de AMS. Trent habría querido que Carrie fuese con él, pero ya le había ofrecido la noche libre a Wanda, de modo que se quedaría con su madre hasta tarde.

Pero él no quería ir a aquella cena solo.

Trent tuvo que sonreír. Menudo cambio.

La quería a su lado más que nunca porque su padre estaría en esa cena, pasando la antorcha simbólicamente frente a los presidentes de las dos empresas más importantes para AMS.

Pero la vería más tarde, en su cama, y por la mañana tomarían juntos el desayuno…

Vaya, estaba hecho un romántico.

Eran las ocho menos cinco cuando el conductor se detuvo frente a la puerta de Pacheco y Trent bajó del coche para entrar en el

restaurante.

* * *

Era la hora del desayuno en el Park Café y dos chicas de la edad de Carrie tomaban café mientras compartían un bollo supuestamente bajo en calorías que, por supuesto, no lo era.

—Mira a este hombre.

La rubia le quitó el periódico a su amiga de las manos.

—Está buenísimo.

—Mira la chica que está con él —suspiró la morena—. Es perfecta. Tiene que ser actriz o modelo. Yo nunca podría salir con un hombre como ése.

—Ninguna chica normal podría salir con un hombre como ése —asintió la rubia.

—Porque no se fijaría en nosotras.

Después de tomar un sorbo de café, la rubia añadió:

—Yo ya no puedo ni mirar esas fotografías. En fin, tengo que irme a trabajar. ¿Quieres que vayamos al cine esta noche?

Las dos se levantaron, dejando el periódico sobre la mesa.

Carrie, que estaba tomando un capuchino, tuvo que sonreír. Ella había pensado exactamente lo mismo que esas chicas cada vez que veía a un hombre particularmente guapo. De hecho, había pensado lo mismo cuando conoció a Trent.

Afortunadamente, esa parte de su vida había quedado atrás, pensó, recordando el más que satisfactorio desayuno en la cama con su marido.

Por curiosidad, tomó el periódico y buscó al hombre y a la modelo de los que hablaban… y cuando vio la fotografía sintió que se quedaba sin aire.

Porque era Trent, con una rubia guapísima. Estaban muy cerca el uno del otro y Trent, con un brazo sobre sus hombros, parecía a punto de darle un beso en la mejilla.

El titular decía:

La gente guapa de Nueva York cena en el restaurante

Pacheco.

Carrie se quedó helada, muda, mientras leía el artículo para buscar una explicación. ¿Por qué estaba con esa mujer cuando, supuestamente, había cenado con un montón de viejos?

Tenía que haber una razón, ¿no? Trent no le mentiría, no estaría teniendo una aventura mientras ella se quedaba en casa de su madre.

Carrie intentó contener los celos y la desconfianza. No iba a hacer eso, se lo había prometido a sí misma. Tenía que haber una explicación.

Pero el artículo decía:

> *Anoche, en el restaurante Pacheco, el presidente de AMS, Trent Tanford, fue visto con una preciosa y misteriosa rubia…*

Con el corazón latiendo ansiosamente, Carrie miró la fotografía de nuevo. Había algo en la rubia que le resultaba familiar…

Sí, la conocía. ¿Pero de qué?

¿Era una actriz, una modelo como habían sugerido esas dos chicas? ¿O era…?

Volvió a mirar la fotografía y, como si fuera una película muda, se vio a sí misma una noche abriendo la puerta del apartamento de Sebastian Stone a una de las chicas de la tropa de Trent.

La misteriosa rubia ya no era un misterio. Era una de las mujeres que había llamado a su puerta buscando a Trent Tanford.

Carrie tiró el periódico, dejó su capuchino y su cruasán a medias y salió del café.

¿Por qué se había enamorado de un mujeriego? ¿Por qué no había aceptado su parte del trato sin involucrar sus sentimientos, sin sexo, sin amor?

La noche anterior, cuando volvió a casa, Trent le había dicho que la cena había ido «bien». Evidentemente. Y había cambiado de tema después de eso.

Recordó entonces las palabras de Amanda: «No cometas el error de pensar que puedes cambiar a un hombre».

De vuelta en el edificio, Carrie pulsó el botón del ascensor, intentando no pensar en lo que Trent y ella habían hecho allí una semana antes.

Luego se dirigió a su apartamento… no, el apartamento de Trent. Ella tendría que irse a vivir con su madre. No pensaba quedarse allí, desde luego. No iba a quedarse con un hombre que la engañaba.

Después de hacer la maleta a toda prisa, se sentó frente al escritorio con bolígrafo y papel. Por un momento se preguntó si estaba actuando de manera racional o si, de nuevo, el sentimiento de rechazo provocado por el abandono de su padre la obligaba a hacer algo insensato.

Pero su padre, con todos sus defectos, nunca había engañado a su madre. Los hechos estaban allí: esa rubia había llamado una noche a su puerta buscando a Trent y Trent nunca había negado que esas mujeres fueran sus amantes.

Y ella no quería que su relación se convirtiera en una sucesión de peleas, de sospechas y de explicaciones.

No, se había terminado.

De modo que le escribió una nota, tomó su maleta y salió del apartamento.

* * *

Era un hombre feliz, un hombre que tenía la posibilidad de formar una familia. Lo único que su padre había hecho bien, por lo tanto, había sido convencerlo para que se casara.

Un mes antes su objetivo era conseguir el puesto de presidente de AMS, ahora lo único que le importaba era Carrie y forjar un futuro con ella. Y, con un poco de suerte, tener un pequeño Trent y una pequeña Carrie, si ella estaba de acuerdo.

Trent entró en casa a las ocho, con una bolsa de comida tailandesa en la mano. No sabía si a Carrie le gustaba la comida tailandesa, pero estaría bien probarla. Y luego podrían ver una película juntos. Durante los últimos días había tenido mucho trabajo y obligaciones, pero aquella noche sería sólo para los dos.

Claro que antes tendría que animarla con una copa de vino,

porque estaba seguro de que habría visto el periódico. No le había devuelto las llamadas y eso significaba que o estaba muy ocupada o muy enfadada con él.

Y la entendería. Era un idiota por no haberla avisado. Había visto al fotógrafo en el restaurante, pero estaba demasiado preocupado por la reunión como para darle importancia.

—¡Cariño, estoy en casa!

Silencio.

Trent la buscó en todas las habitaciones, en los cuartos de baño… Nada, no estaba allí. No había vuelto del trabajo todavía o a lo mejor estaba con su madre. Se acercó al estudio para llamarla por teléfono, pero al ver una nota sobre el escritorio tuvo un mal presagio.

Y después de leerla, al saber que Carrie lo había abandonado, se puso furioso. Sí, había visto la fotografía del periódico, estaba claro. Pero en lugar de hablarlo con él había salido corriendo. Había salido huyendo como hizo su padre.

No tenía ninguna fe en él o en ese matrimonio que ella misma había dicho querer convertir en algo permanente. Pero lo peor de todo: no había tenido valor para enfrentarse a él en persona.

Y eso le resultaba insoportable.

El rostro de Trent era una máscara de rabia mientras hacía una bola con la nota y la tiraba a la papelera.

Capítulo 16

Carrie llevaba cuatro días viviendo en casa de su madre cuando recibió una carta de Trent. Era lo primero que sabía de él desde que se marchó del apartamento y de su vida.

Trent le decía que debía firmar unos papeles que había dejado en su oficina y en la nota indicaba las horas en las que no estaría en el despacho para que no tuvieran que verse.

A Carrie se le encogió el corazón. Aquéllos habían sido los cuatro días más largos de su vida. Lo echaba de menos tanto…

Pero, evidentemente, él no sentía lo mismo.

De pie en la cocina, volvió a mirar la nota escrita a máquina. Ni siquiera estaba escrita de su puño y letra.

Había unos papeles que quería que firmase…

¿Qué papeles? ¿Los del divorcio? Aparentemente, Trent quería terminar con su relación lo antes posible. Tal vez para salir con la rubia, pensó, desolada. A lo mejor esa mujer ya se había ido a vivir con él.

De repente, era como si una garra de hierro le apretase el corazón. Pero ella era una persona obstinada y no volvería con un hombre que no la quería, un hombre para quien tener amiguitas estando casado era algo aceptable.

Tomando el bolso, Carrie salió del apartamento. Pasaría por su oficina esa misma tarde, a una hora en la que él no estuviera. Lo mejor sería terminar de una vez.

* * *

—¿Un bocadillo para el almuerzo?

Trent, concentrado en un informe, levantó la mirada.

—No, gracias.

Danny, el chico de los bocadillos, no se movió de la puerta.

—¿Por qué?

—No es nada personal. Dan. Es que voy a comer fuera.

—¿Con tu mujer?

—No —murmuró él, apartando la mirada—. Aunque no es asunto tuyo.

—Eso es verdad.

—¿Se puede saber qué quieres?

—Preguntarte una cosa.

—Vamos, pregunta. Tengo una tonelada de trabajo.

Danny se dejó caer en el sillón que había frente a su escritorio.

—Si de repente yo me convirtiera en una máquina que no sale de la oficina, tú me dirías algo, ¿verdad?

—Sí, claro, te diría: muy bien, chico. Tú sabes cómo triunfar en esta ciudad.

—Pero tú eras feliz hasta hace unos días. Nunca te había visto tan contento. ¿Se puede saber qué ha pasado?

Trent lo fulminó con la mirada.

—Llámame señor Tanford.

Suspirando, Danny se levantó.

—Muy bien, señor Tanford, me voy. Pero antes de irme quiero decirte algo: cuando te ofreciste a pagarme la carrera, a mi familia no le gustó.

—¿Por qué no?

—Porque, según ellos, eso era algo de lo que debía ocuparse la familia. Pero yo les dije que tú eras para mí como un hermano mayor, que la familia no siempre son los parientes.

—¿Y qué quieres decir con eso, hermano? —suspiró Trent, con menos hostilidad que antes.

—Que a lo mejor tú no has tenido la familia que necesitabas cuando eras niño, pero podrías tenerla ahora.

—Es un detalle que te preocupes por mí, Danny.

—Carrie es tu familia…

—No, déjalo —lo interrumpió él—. Vete, tengo mucho trabajo.

Nos vemos mañana.

Cuando Danny se marchó, cariacontecido, Trent intentó concentrarse en el informe, pero era imposible. También él había creído que podría formar una familia con Carrie, pero tenía que enfrentarse con la realidad. No la había tenido de niño y no la tendría ahora. Esos sueños eran para críos.

La mujer a la que le había entregado el corazón se lo había tirado a la cara.

Pero no podía dejar de darle vueltas a lo que había pasado. Sí, Carrie había salido huyendo por miedo, pero la verdad era que él no había hecho nada para aliviar sus miedos. Y también él le había escondido cosas, como sus visitas a la comisaría cuando era un adolescente. Tampoco él le había abierto su corazón del todo. ¿Sería posible que también tuviera miedos, que tampoco supiera si podía confiar en Carrie del todo?

Trent sacudió la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos. Pero la idea de que también él fuera culpable de la situación estaba ahora grabada en su mente, junto con una imagen de su cara, esa dulce y sonriente cara que nunca podría olvidar.

* * *

La secretaria de Trent le pidió que esperase un momento y Carrie se sentó en uno de los sofás del vestíbulo, nerviosa. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Iba a firmar los papeles que romperían para siempre su relación con Trent?

La puerta que conectaba el despacho de la secretaria con el pasillo se abrió en ese momento y la oyó hablando con otra mujer. Carrie pudo ver un montón de globos y unos zapatos de tacón…

Y la propietaria de los globos era la rubia del periódico.

Se levantó de un salto, tan furiosa que apenas podía respirar. Con las piernas temblorosas, se dirigió al despacho. La rubia seguía hablando con la secretaria de Trent y no la vio llegar.

—¡Tú! —le espetó.

—¿Señora Tanford? —exclamó la secretaria—. Si no le importa esperar un momento…

—¿Es usted la señora Tanford? —La rubia no parecía asustada

en absoluto—. Hola, soy una de las ayudantes de Trent. Me parece que no nos conocemos.

—Claro que nos conocemos —replicó Carrie.

—¿Ah, sí? Lo siento, pero…

—Lo siente, ¿verdad? ¿Siente haber destrozado un matrimonio?

La rubia puso cara de horror.

—Perdone, pero creo que me confunde con otra persona…

—No, de eso nada. Era usted quien aparecía en la fotografía del periódico con mi marido.

—No, no, esa fotografía… en el restaurante había mucha gente y el señor Tanford tuvo que inclinarse un poco para decirme que debía volver al despacho para recoger unas diapositivas…

—Sí, claro —la interrumpió Carrie—. Ésa sería una explicación muy lógica si no hubiera usted llamado a la puerta de mi casa una noche creyendo que era el apartamento de Trent.

La rubia frunció el ceño.

—Eso fue hace varias semanas, ¿no?

—Sí.

—Estaba buscando al señor Tanford.

—Lo sé, acabo de decirlo —suspiró Carrie.

—Yo era antes la ayudante del señor Tanford padre. No podía encontrar a su hijo esa noche y me pidió que fuera a buscarlo a su casa, pero le pido perdón por haberla molestado.

Ella tuvo que tragar saliva.

—Pero el señor Tanford está retirado…

Otra mujer apareció entonces en el despacho.

—Lauren, tenemos que irnos. Todo el mundo está esperando.

La rubia asintió con la cabeza.

—Mis compañeras me han organizado una fiesta porque voy a casarme. Estoy embarazada, señora Tanford.

Si Carrie tuviera superpoderes, en ese momento se habría vuelto invisible. Pero ella no era Superwoman, al contrario. Y tuvo que cerrar los ojos un momento, avergonzada.

—Lo siento muchísimo. No sé cómo he podido hablarle así. De repente me ha entrado un ataque de celos…

—Todas hemos pasado por eso —intentó tranquilizarla la secretaria de Trent.

—Lo siento mucho, Lauren.

—No pasa nada. Ya está olvidado —sonrió la rubia.

—No, no está olvidado, pero gracias. Y pienso hacerle un regalo… un cochecito… una casa o algo parecido —dijo Carrie, deseando que se la tragase la tierra.

Lauren soltó una carcajada.

—Ah, ahora entiendo por qué el señor Tanford siempre quiere irse pronto a casa. Es usted muy divertida.

Ella sólo quería marcharse de allí lo antes posible.

—Trent me ha dejado unos papeles…

—Sí, están en su despacho. ¿Quiere ir usted misma a buscarlos? —le preguntó la secretaria.

—Sí, gracias.

Después de disculparse de nuevo con Lauren, Carrie se dio la vuelta y entró en el despacho de Trent. Y, después de cerrar la puerta, se apoyó en ella con los ojos cerrados. No se había sentido más ridícula en toda su vida.

Luego abrió los ojos. Trent no estaba allí, pero sí el aroma de su colonia, sus colores, su estilo. Cuánto lo deseaba, pensó. Pero después de lo que había hecho no creía que hubiera ninguna posibilidad de volver con él.

Encontró un sobre con su nombre encima del escritorio, pero temía ver lo que había dentro incluso antes de abrirlo.

Sí, eran los papeles del divorcio.

Y Carrie sintió ganas de vomitar.

Estaba todo: el acuerdo de vivir juntos durante un año, la compensación económica… Trent no se retractaba de nada de lo que le había ofrecido, aunque eso daba igual. No aceptaría nada más de él.

Pero fue la siguiente página lo que hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Trent se ofrecía a pagar los gastos médicos de su madre y sus cuidados durante el resto de su vida.

Carrie, desolada, salió de la oficina dejando los papeles sin firmar.

Capítulo 17

—¿A qué demonios está jugando, Devlin? ¿Quiere más dinero? —exclamó Trent.

Su abogado lo miró con cara de sorpresa.

—No, al contrario. Dice que no quiere nada de ti.

—No es posible.

—Dice que no firmará los papeles a menos que retires la oferta de ayuda económica.

—No pienso hacer eso.

Devlin se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Es el sueño de cualquier hombre.

—Esto no es un sueño, al contrario. Para mí es una pesadilla. Hace una semana yo era un hombre feliz, mi mujer era feliz, sin embargo, ahora…

—¿Qué quiere hacer, señor Tanford? —le preguntó el abogado.

—Quiero terminar con esto de una vez —suspiró él.

—Eso es lo que estoy intentando hacer: terminar con su matrimonio.

—No, quiero terminar con esta conversación. ¿Mi matrimonio? —Trent se levantó, con el maletín en la mano—. Lo que quiero es recuperarlo.

* * *

Era la primera vez que Carrie pasaba un día de diario en Staten

Island, pero imaginaba que a partir de aquel momento habría muchas «primeras veces» en su vida. Estaba en la puerta de la pizzería Denino's, esperando a Trent, más nerviosa que nunca, pero sabiendo que lo que tenía que proponerle era lo mejor para los dos.

—Un sitio muy interesante para encontrarnos.

Oh, esa voz, ¡cómo la había echado de menos! Trent llevaba vaqueros y camisa blanca y tenía el mismo aspecto de siempre: alto, guapo y formidable.

—Pensé que te gustaba la *pizza* —intentó bromear Carrie.

Los ojos azules se oscurecieron.

—¿Vas a contarme qué pasa? Has decidido no aceptar el trato.

—He dicho que firmaría los papeles —replicó ella.

—Me dan igual los papeles. Lo que quiero saber es por qué no quieres que te ayude a pagar los gastos de tu madre.

A Carrie se le encogió el corazón dentro del pecho. Lo único que quería en ese momento era enterrar la cara en su cuello, pero no podía hacerlo.

—¿Por qué quieres ayudarme, Trent? ¿Por qué no nos decimos adiós de una vez y seguimos cada uno con su vida?

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—No soy esa clase de hombre —afirmó Trent con seriedad.

—¿Seguro que ésa es la razón?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, apoyándose en la pared del restaurante.

—A lo mejor deseas cuidar de mí y de mi madre porque… me quieres.

—Carrie…

—Me quieres como yo te quiero a ti y no quieres romper nuestro matrimonio, pero te sientes herido y lo entiendo. Te he hecho daño. Me asuste y salí corriendo.

—Me dejaste plantado sin que pudiera hablar contigo.

—Lo sé —dijo ella—. Y fue un error por mi parte, pero no creo que debamos romper por eso.

Trent miró alrededor.

—¿Por qué estamos aquí?

—Esa historia que me contaste sobre tu niñera, cuando pasaste el mejor día de tu vida… pensé que deberíamos venir a Staten Island porque es lo único que sé de ti.

—¿Cómo dices?

—Digo que apenas nos conocemos, Trent. Apenas sé nada sobre ti.

Él levantó una ceja.

—Nos casamos de una manera poco convencional, por decir algo —afirmó él.

—Y no hemos tenido tiempo para conocernos, es verdad. No sé nada de tu infancia o qué te ha hecho el hombre que eres. Y me he dado cuenta de que ésa es la razón por la que me siento tan insegura contigo. No sé nada sobre ti, sobre tu vida…

—En realidad, no es una gran historia —murmuró él.

Carrie alargó una mano para tocar suavemente su cara.

—Me da igual. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Los ojos de Carrie se llenaron de lágrimas. Había querido oír esas palabras desde el primer día y escucharlas por fin era el mejor regalo, la mejor razón para tener esperanza.

—Me alegro mucho, porque quiero ofrecerte un nuevo trato —le dijo.

—¿Un nuevo trato?

Ella asintió, respirando profundamente para serenarse.

—Quiero ofrecerte mi amor, mi corazón, mi honestidad y mi compromiso para siempre.

Trent tiró de ella, apretándola contra su pecho.

—¿Y qué puedo darte yo a cambio?

—Lo mismo —le aseguró Carrie.

—Siento mucho no haberte contado lo de la policía y lo del fotógrafo en esa cena.

—No tienes que darme explicaciones…

—Sí, sí tengo que hacerlo —la interrumpió Trent—. Mis padres, especialmente mi padre, siempre ha sido muy crítico conmigo. No tenemos una relación padre-hijo normal, ya te habrás dado cuenta.

—Sí, claro.

—Siempre me ha hecho sentir culpable por todo y no podía arriesgarme a que eso me pasara contigo, así que no te conté la

verdad. —Trent apartó un mechón de pelo de su frente—. Estaba enamorándome de ti, pero me negaba a reconocerlo.

—¿Por qué no empezamos otra vez? —sugirió Carrie—. Acepta el trato, Tanford, y así podremos compartir historias y forjar un futuro.

Trent la abrazó con fuerza.

—Te quiero. Me estaba volviendo loco sin ti.

—Yo también.

—No me he quitado la alianza. Según parece, soy un romántico.

—Entonces, yo también lo soy —rió ella—, porque yo tampoco me la he quitado.

Trent buscó sus labios en un beso tierno que contenía todo su amor y la promesa de un futuro sincero y abierto.

—¿Quieres casarte conmigo otra vez? —le preguntó Trent.

—Sí —dijo Carrie, con lágrimas en los ojos.

—¿Por la iglesia esta vez?

—Sí, por supuesto.

Trent volvió a besarla y esa vez el beso estaba lleno de pasión.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que tomemos una *pizza*?

—Tengo hambre, sí —asintió ella, rodeando su cintura con los brazos—. De *pizza*, de ti, de nuestra vida juntos y de esas turbadoras historias tuyas de cuando eras un chico malo.

Trent sonrió. Ay, esos hoyitos…

—¿Por qué no empezamos por la *pizza* y seguimos luego hablando de la lista de cosas que tenemos que hacer para la boda? Serán muchas.

—Me parece muy bien —rió Carrie, mientras entraban en Denino's

.

Sí, estaba totalmente dispuesta a empezar otra vez. Tomando una *pizza* en Staten Island con el hombre de su vida: un clásico de Nueva York.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.